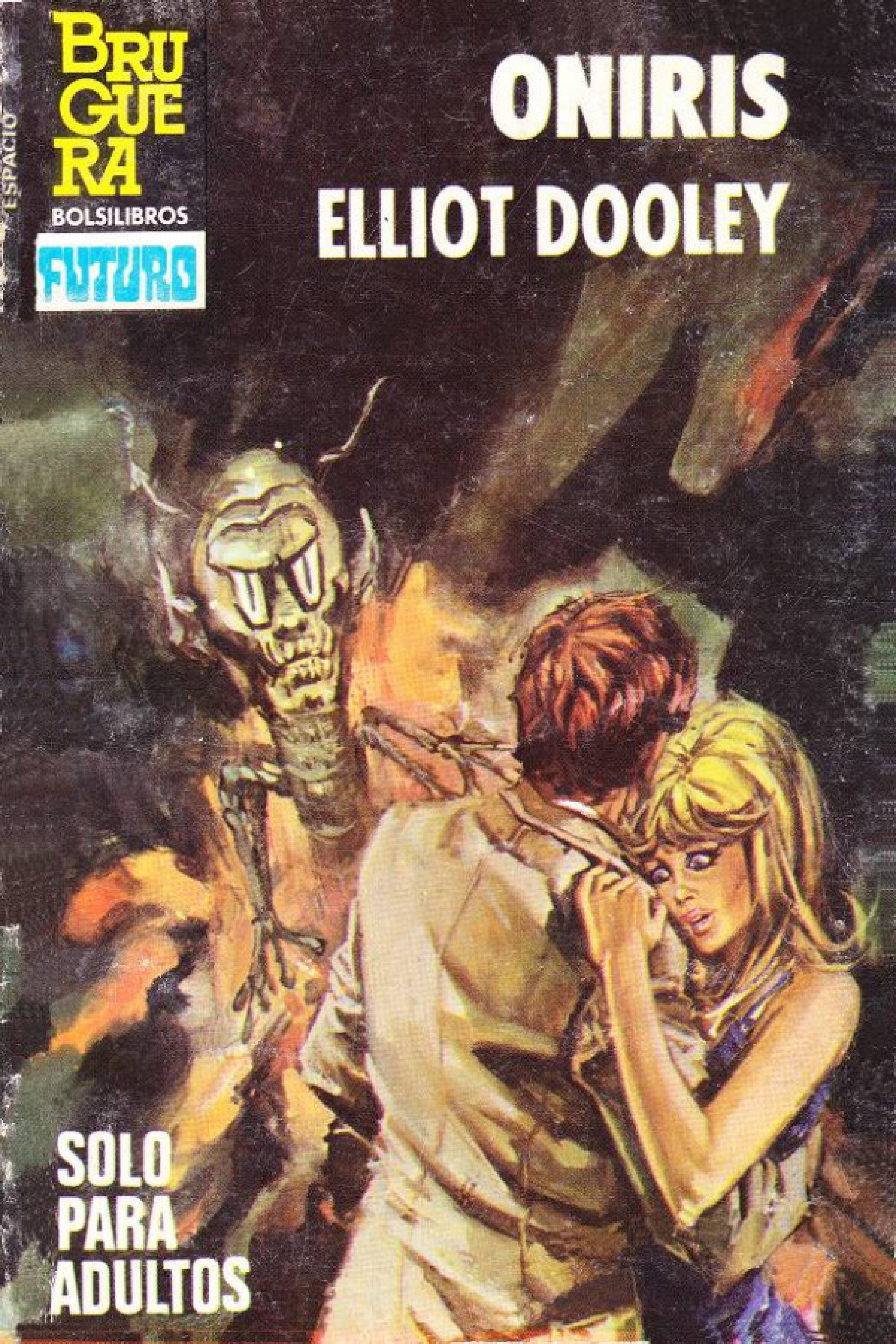
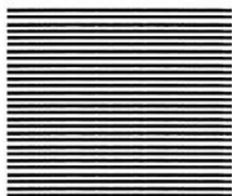
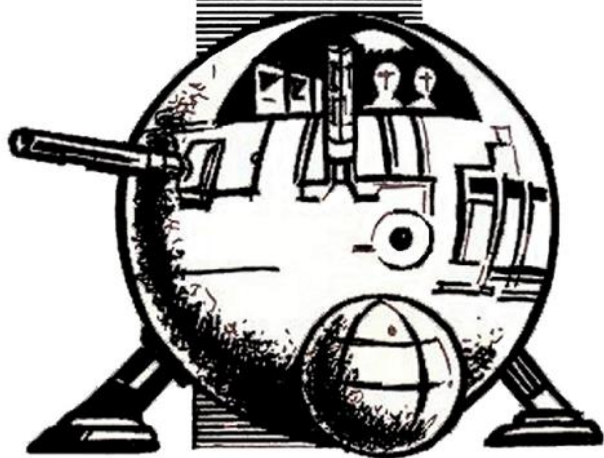

BRUGUERA
BOLSILIBROS
FUTURO
ESPACIO
ONIRIS
ELLIOT DOOLEY
SOLO
PARA
ADULTOS



héroes del ESPACIO





ECSA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

152 — *La galaxia del adiós.* Rocco Sarto.
153 — *Revivir en Amaltea XII,* Lucky Marty.
154 — *La muerte es de metal,* Lem Ryan.
155 — *¡La Tierra va a estallar!.* Joseph Berna.
156 — *La guerra inacabada,* A. Thorkent.

ELLIOT DOOLEY

ONIRIS

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 157

Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRES. 5 BARCELONA

ISBN 84-02-09281-0
Depósito legal: B. 5.029-1983
Impreso en España - Printed in Spain
1. ª edición: abril, 1983
2. ª edición en América: octubre. 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera. S. A.
Parets del Valles IN 152. Km 21.65(11 Barcelona 1983

CAPITULO PRIMERO

Era una fría noche de invierno terrestre y volvía a casa tras un agotador día de trabajo en el Instituto de las Ciencias, habiendo tenido que soportar, durante siete largas horas, a todos aquellos *subnormales* como yo solía llamarles, aunque en realidad no fueran lo que se conoce como subnormales. Aplicaría para ellos mejor el calificativo de paranormales.

Resumiendo, los científicos del Instituto eran unos terrícolas normales como lo son todos los terrícolas pero, tal vez, justamente por eso no tenían ningún interés para mí.

Todos los estudiantes de ciencias y hasta los mismos científicos querían llegar a ser un día como yo, poseer mis conocimientos de ciencias. Nada más que eso.

Pero, en realidad, ¿qué sabían de mí?

Nada.

Puedo garantizarlo.

«Pobres imbéciles», pensé mientras encendía las luces de mi casa.

Sí, por fin el día había llegado a su fin, aunque por momentos había dudado que fuera a terminarse. Me parecía que nunca iba a llegar el momento de volver a casa, a mis cosas, a mi vida.

Me dirigía directamente a la cocina y allí me encontré con una nota de la señora Peters que decía más o menos lo mismo que cada una de las que encontraba siempre al regresar a casa:

«Sólo tiene que programar el microhorno para que le caliente la comida. Con tres minutos será suficiente. Si esta vez se olvida de comer no se lo perdonaré.»

Sonreí al terminar de leerla igual que sonreía cada día al leer aquellas notas de la señorita Peters.

La señora Peters era una mujer excelente que se dedicaba a venir cada tarde a casa y me la dejaba arreglada como yo quería para que al volver de mi trabajo diario la encontrara como a mí me gustaba. Así podía pasar cómodo y tranquilo las horas que estaba en casa

leyendo o estudiando diferentes cosas o, solamente pensando.

Yo vivía solo y siempre había sido considerado un solitario, desde muy pequeño había pasado la mayor parte del tiempo encerrado en mi habitación leyendo, imaginando. Al principio mis padres se extrañaban, pero finalmente se acostumbraron. Y, desde su muerte en aquel terrible accidente, me volví aún más solitario, me encerré más en mí mismo.

El timbre del horno me avisó que la comida estaba ya a punto y la retiré, colocándola a continuación sobre una bandeja, para así llevarla conmigo a *mi refugio*.

Cada noche, al llegar, hacía exactamente lo mismo, como si fuera para mí un ritual sagrado.

Cumplía las órdenes que me dejaba la señora Peters, por lo menos hasta la mitad, ya que era cierto que muchas noches, la mayoría de ellas en verdad, me olvidaba de la otra mitad y, a la tarde siguiente la señora Peters se encontraba con la bandeja de la comida tal cual la había dejado yo, pero sin haber probado bocado. No podía evitarlo: me distraía hasta tal punto con la lectura o me enfrascaba tanto en mis pensamientos que me olvidaba por completo de comer, terminando por quedarme dormido allí mismo.

Entré en la amplia habitación, iluminada únicamente por el vivo chisporrotear de las llamas en las chimenea.

Me senté ante el fuego en un sillón estratégicamente colocado y rodeado por todo cuanto necesitaba, para que no tuviera más que estirar una mano para uno u otro lugar y, así, conseguir lo que quería en cada momento.

Tras haber colocado la bandeja con la comida en la mesita que tenía a mi derecha, me quedé unos minutos contemplando el fuego.

Me atraía el baile de las llamas, que algunas veces me parecía sensual y otras diabólico, aunque la mayoría de las veces era ambas cosas.

Adoraba a mi chimenea, a aquella estufa de leña por la que tanto había tenido que luchar para conseguir conservarla. ¡Hasta el gobierno se había opuesto a ello! Pero la defendí. Sí, la defendí como cualquier hombre hubiera defendido a su más fiel amante.

Y lo había conseguido. Podría conservarla siempre.

Debería ser, y seguro que lo era, la única estufa de leña existente en toda la galaxia. Hacía ya años que las habían destruido a todas

por considerarlas anticuadas > nocivas para la mente.

Pero yo tenía la mía, la única, y de ella no me separaría jamás.

Tras quedarme así, en éxtasis ante ella durante un rato, estiré el brazo y encendí la lámpara que tenía a mi izquierda y que enviaba un simple rayo dirigido exclusivamente al libro o a lo que yo tuviera en las manos, dejando el resto de la habitación a oscuras.

Así, con el resplandor de las llamas reflejándose en mi propio cuerpo y con la ayuda de aquel rayo de luz de la lámpara, abrí el periódico y busqué la sección destinada a «Contactos».

Aquella sección destinada a poner en relación a unos con otros, era una de las cosas que más me sorprendían, me alucinaban y las que más me gustaba leer como distracción. Se había convertido casi en la única evasión que me permitía dentro de las tantas y ultra modernas que existían en aquellos días, pero que a mí no me interesaban en absoluto. Sólo me atraía mirar el fuego y leer la sección de «Contactos».

Sin embargo, yo nunca había tenido que contactar con nadie utilizando aquel procedimiento y tampoco lo necesitaba. Pero aquella gente que buscaba relacionarse con otra persona poniendo anuncios en el periódico me divertían al mismo tiempo que me asombraban. No podía entenderlos.

Así que, como cada noche, comencé la lectura de aquellos anuncios. Uno de ellos me llamó la atención inmediatamente.

En principio me sorprendió que alguien pusiera un anuncio de aquella clase, destacado en letras mayúsculas y dentro de un recuadro. Y más aún me sorprendió lo que leí en él:

«Soy una de las mujeres de planeta Phemn. Necesito tu ayuda y tú la mía. Por el bien de todos ven a verme esta noche. Te encontraré en Green Park.

»Xin Princesa de Phemn.»

Volví a leer aquel anuncio una y otra vez pensando en la mujer que lo había escrito. Tenía imaginación, de eso no cabía duda. Todos sabían que éramos los únicos pobladores de la galaxia, que no existía otro planeta habitado ni con posibilidad de ser habitado, aunque en otros tiempos se hubiera pensado lo contrario. Había sido

pura imaginación, y eso era algo extraño y totalmente en desuso en los tiempos que corrían. Pero la mujer del anuncio la tenía.

Intenté continuar con la lectura del periódico buscando otras secciones de mi interés, pero no pude continuar con la lectura.

No podía concentrarme en otra cosa que no fuera en aquella extraña llamada de la no menos extraña Xin Princesa de Phemn.

Finalmente dejé el periódico a un lado y me levanté de mi asiento.

«No me vendrá mal dar un paseo —pensé—. El Green Park no está lejos de aquí y que vaya por allá no me compromete a nada.»

Volví a ponerme el abrigo y salí a la calle no sin cierto aire de mal humor.

«Es una tontería, lo sé, pero... No puedo evitarlo.»

Sí, era como si una extraña fuerza me arrastrara, obligándome a actuar de aquella manera.

* * *

Estuve caminando durante varios minutos por los diferentes senderos de Green Park sin ver a nadie. La princesa de aquel imaginario planeta parecía haber preferido quedarse en él o tal vez habría vuelto a la realidad.

El parque se encontraba desierto y en penumbras, lo cual me extrañó. Solía estar muy iluminado y concurrido aún en aquellas horas de la noche.

«Habrán decidido cenar todos a la misma hora», pensé burlándome.

—Será mejor que vuelva a casa —dije entonces, en voz alta.

—¿Sin esperarme? —dijo una voz de mujer a mis espaldas.

Me volví sorprendido. Y mi sorpresa fue mayor cuando ante mí encontré a una hermosísima joven que me miraba sonriente.

Era increíblemente bella. Jamás hubiera pensado que existían mujeres como aquélla, mi imaginación no llegaba a tanto.

—Pero... —dijo extrañado—. ¿De dónde has salido?

—Soy Xin —dijo ella por toda respuesta.

Me era imposible dejar de mirarla, como si estuviera

hipnotizado. Era tan hermosa, tan extraña y parecía tan frágil...

—Está bien —dije intentando actuar con naturalidad—. Eres Xin y...

—¿Leíste mi anuncio? —me preguntó sin dejarme continuar.

—Sí —le respondí sonriendo al recordarlo—. Y debo admitir que por eso vine hasta aquí. En fin, una locura más, como cualquier otra.

—Si reconoces que es así, que has leído el anuncio, y sé que no estás mintiendo, ya sabes de dónde vengo —me dijo ella sin sonreír, y agregó—: Me alegro de que hayas resuelto venir. Aunque sabía que terminarías por hacerlo, por momentos llegué a dudarlo.

Yo continuaba mirándola cada vez más sorprendido, más cautivado. Su pelo era rubio y largo, lo llevaba atado muy tirante hacia atrás en una simple cola. Sus ojos, de un gris verdoso muy intenso, poseían un brillo enternecedor. Y su boca tan carnosa me subyugaba tentándome.

«Tendrá unos diez años menos que yo —pensé mientras la observaba—. Sí, no tiene más de veintiún años.»

—También yo me alegro de haber venido —dije sin dejar de recorrer con la mirada el maravilloso cuerpo de la muchacha—. Realmente no te imaginaba así, ni siquiera creí...

—Dejemos eso ahora —me interrumpió Xin con brusquedad—. Si te hice venir hasta aquí no fue precisamente para eso.

-¿No?

-No.

—¿Para qué entonces pusiste semejante anuncio?

—Para intentar salvar a este planeta de una catástrofe que nada solucionaría.

—¿A qué catástrofe te refieres?

—La que sucederá irremediablemente si el diabólico plan de Olocok y Sor llega a su fin. Pero debemos intentar impedírselo.

—Vamos —la interrumpí con firmeza—. Tu imaginación vuela demasiado y no entiendo cómo has escapado de las Máquinas Cerebro.

—Pues muy sencillo: he escapado de tus Máquinas Cerebro porque no pertenezco a este planeta.

—No supondrás que crea que eres una extraterrestre —volví a interrumpirla—. Y mucho menos aún que puedo llegar a imaginar que la Tierra está a punto de caer en manos de esos que has

nombrado. Otros extra-terrestres como tú, supongo.

Las últimas palabras las había pronunciado con ironía. Sarcástico. Y continué:

—Estamos nosotros, los terrícolas, solos en la inmensidad del universo galáctico. Nadie más.

Ambos permanecimos mirándonos, desafiándonos casi, durante unos momentos, pero en el más absoluto silencio.

Finalmente dije:

—Estoy de acuerdo en que soy algo diferente al resto de los terrícolas, pero no llego a tanto. En fin, soy uno de ellos.

Xin me miró sorprendida y en su rostro se podía distinguir perfectamente su contrariedad.

—¡Oh, no! —exclamó—. Pende que tú eras un hombre inteligente y...

—¡Lo soy! —la interrumpí ofendido.

—Pues no lo demuestras. Pareces igual al resto.

Me mantuve en silencio, pensativo durante unos segundos, mientras observaba la extraña vestimenta de la muchacha, como si recién en ese momento me diera cuenta de la forma en que iba vestida.

—¿Qué? —me preguntó ella irónica—. ¿No te gusta mi forma de vestir?

—Debo reconocer que es algo extraña.

—Es la que se usa en Phemn, mi planeta.

Su ropa, la que llevaba muy pegada al cuerpo, no sólo la encontré sorprendente sino también muy excitante. El resto de las mujeres que había visto, todas ellas, llevaban amplias túnicas diferenciándose sólo en el color de la tela, según la ocupación profesional a la que se dedicaran.

—Será mejor que demos un paseo —dije.

—Está bien. Pero, mientras tanto, tendrás que oír lo que vine a decirte.

Comenzamos a andar por el desierto parque. Ambos nos mantuvimos en silencio, sumidos en nuestros propios pensamientos.

«Es todo tan extraño», no podía dejarme de repetir una y otra vez.

De pronto me di cuenta que era extraño que nadie más que yo hubiera respondido a su anuncio. Aquello empezaba a no tener

ningún sentido.

—Escucha —le dije—. ¿Cuántos han respondido ya a tu anuncio?

—Nadie más que tú.

No pude evitar el mirarla sorprendido, incrédulo ante tamaña respuesta. —Es raro —dije. —No, no lo es.

Comencé a sentirme cada vez más extrañado ante todo lo que estaba sucediendo. Yo mismo, mis sensaciones, mi estado eran también sorprendentes.

Jamás en mi vida había actuado de aquella manera, ni había sentido nada semejante, algo que no podía explicar ni entender.

—¿Por qué no es raro? —pregunté.

—Porque escribí ese anuncio sólo para que tú lo leyeras.

—¡Cómo!

—Sí, sólo para ti.

—Cada vez lo entiendo menos. Creo que me estás tomando el pelo y...

—No. Si dejaras de preguntar y de estar en guardia durante todo el tiempo, ya te lo habría explicado, pero desconfías.

—¡Está bien! —estallé por fin—. Será mejor que nos sentemos y que te expliques, pero si sigues con todas esas historias acerca de ese planeta tuyo llamado Phemn y...

—Y si empiezas así —volvió a interrumpirme ella molesta— no llegaremos a ninguna parte. ¿No te das cuenta de que no te estoy engañando?

—Pero... —intenté protestar.

Xin se detuvo y sin dejarme continuar añadió:

—Mira a tu alrededor —me dijo haciendo un gesto con la mano —. ¿Qué ves?

—Nada —respondí extrañado.

—Nada más que la simple oscuridad —dijo ella—. ¿Crees acaso que es normal a esta hora, o a cualquier hora en el Green Park?

Era cierto lo que ella decía, el Green Park siempre fue el lugar más concurrido de la ciudad a cualquier hora del día o la noche.

—Tienes razón —reconocí—. No es normal.

—Y otra cosa —continuó ella segura de sí—, como tú mismo dijiste antes: ¿crees lógico que de un anuncio en el periódico sólo acudas tú?

—No, claro.

Debía reconocer que todo cuanto ella decía era cierto pero, a pesar de ello, yo continuaba dudando.

—Pues aquí mismo tienes la prueba —me dijo—. Sólo estamos tú y yo, sólo tú has leído ese anuncio. ¿Sigues sin creerme?

—No sé… —contesté y volvía a mirar a mi alrededor.

El parque continuaba extrañamente oscuro y desierto y no se oía ni el crujir de una rama. Eso era verdad. Pero de allí a creer que aquella hermosa mujer fuera una extraterrestre…

«No, no puede ser», pensé tratando de convencerme.

Intentaba no dejarme arrastrar por ella, por su extraña belleza, por el extraño poder que ella ejercía sobre mí. sobre mi voluntad.

Las Máquinas Cerebro que gobernaban el planeta habían asegurado y comprobado que no existía ningún otro planeta en la galaxia en el que hubiera vida y menos aún vida humana. Y ellas lo sabían todo… o casi todo.

—No sé —volví a repetir intentando pensar en algo lógico para todo lo que estaba sucediendo.

—Sé muchas cosas de ti —dijo ella en tono muy suave—. Y te elegí entre muchos porque comprobé que eras el único ser humano, el único terrestre con capacidad mental como para creerme y entenderme. En verdad, sólo tú puedes ayudarme y no sólo a mí.

No pude evitar el sentirme halagado con sus palabras y, además, ella era tan guapa, tan especial…

—Me halagas —dije—, pero me gustaría saber qué es lo que necesitas de mí.

—Antes de contarte todo lo que pasa debes confiar plenamente en lo que te digo. Y por lo visto la única forma para que al fin me creas es que analices este material.

Tras pronunciar estas palabras Xin extendió su mano abierta, en la que habían tres piedrecitas de color rojo.

No dije nada, ni tampoco las cogí a pesar de que ella, evidentemente, me las estaba ofreciendo. Me limité a mirarlas.

—Llévatelas —me dijo Xin—. Sé que tienes un laboratorio en tu casa, aunque es algo que las Máquinas Cerebro tienen totalmente prohibido.

Me sobresalté al oír las palabras de la muchacha.

Sí, era verdad, tenía mi propio laboratorio a pesar de la prohibición, a pesar de que mi vida corría serio peligro por ello.

Pero nadie lo sabía o, al menos eso creía yo hasta aquel momento. ¿Cómo podía ella entonces conocer la existencia de aquel laboratorio?

—Analízalas allí —continuó Xin—. Y no hables con nadie sobre esto, sería peligroso para todos. Una vez tengas una respuesta a lo que puedas ver en estas piedras volveré.

Por fin me decidí y cogí las piedras que ella tenía en su mano.

—Está bien —dije—. Acompáñame. Lo haré ahora mismo.

—No. Será mejor que no vaya contigo. Cuando sea el momento, cuando tengas más claras tus ideas me presentaré ante ti.

Tras decir esto, Xin comenzó a andar lentamente perdiéndose en la oscuridad.

Yo no conseguía salir de mi asombro. Me sentía totalmente paralizado, mirando hacia la oscuridad, hacia aquel enorme vacío en el que parecía haber desaparecido Xin.

Al fin todo pareció volver a la normalidad y emprendí el camino de vuelta a mi casa pero sin dejar de sentir una sensación extraña dentro de mí.

No podía ver claro. No entendía.

«Haré lo que ella me ha dicho —pensé mirando aquellas extrañas piedras que tenía en mi mano—. Luego intentaré encontrar una solución lógica a todo esto.»

CAPITULO II

No me llevó demasiado tiempo descubrir que aquellas piedras eran de un material totalmente desconocido para mí.

—¡No puede ser! —exclamé al ver el resultado del último análisis.

Me sentía totalmente confuso y me dejé caer en el único sillón que había en mi laboratorio secreto.

«No cabe duda —pensé—. Estas piedras que me ha entregado Xin no pertenecen a la Tierra. ¡No son de este planeta!

Me quedé así, sentado, con aquel extraño material entre mis manos, pensando, intentando llegar a una resolución.

—Tal vez —dije hablando en voz alta conmigo mismo— esté volviéndome loco. Puede ser un castigo de las Máquinas Cerebro por desobedecer sus órdenes. Sé que emplean este tipo de castigo para los que consideran rebeldes o nocivos para nuestra sociedad.

Volví a ponerme de pie. Me sentía inquieto. Aquello no tenía sentido, pero... ¡Tenía las pruebas en mi mano! Además recordé aquellos antiguos libros que había conseguido leer clandestinamente y que hablaban de otros planetas, de otras formas de vida.

De pronto me di cuenta que estaba caminando como si fuera un

animal enjaulado en aquella reducida habitación que era mi laboratorio secreto y decidí volver a sentarme. Debía tranquilizarme.

«Entonces —pensé—, todo lo que dijo Xin debe ser cierto. Debí comprenderlo antes. Era todo tan extraño..., aquel anuncio, el parque, Xin, yo mismo... Sí, tiene que ser como ella decía y si es así...»

Interrumpí mis pensamientos. No quería seguir pensando en ello.

Era demasiado terrible.

Si todo era tal cual Xin me lo había dicho, si realmente existía un planeta llamado Phemn, ellos, los habitantes de la Tierra habían estado engañados durante mucho tiempo.

¡Habían sido engañados!

Comencé a sentirme realmente preocupado. No sabía qué hacer.

—Me dijo que volvería —murmuré—. ¡Tiene que volver! Si es verdad que la Tierra está en peligro debo saber la causa. Tengo que hacer algo, pero... ¿qué?

De pronto, la tenue luz que iluminaba la habitación se hizo más fuerte, tanto que sentí que me encandilaba e, instintivamente, protegí mis ojos con el brazo.

—Aquí estoy —dijo entonces una voz de mujer.

Reconocí la voz de Xin.

¡Había vuelto por fin!

Bajé el brazo que cubría mi rostro y abrí los ojos. La luz de la habitación volvió a ser tenue, como antes. Y Xin se encontraba frente a mí.

—¡Xin! —exclamé poniéndome de pie junto a ella y cogiéndola por los hombros—. Era cierto lo que me decías. Lo he podido comprobar.

Xin me sonrió como si estuviera ante un niño, cuando en realidad yo le llevaba unos cuantos años.

«Con las mujeres nunca se sabe —pensé—. Y menos aún con esta mujer, con Xin la Princesa de Phemn.»

—¡Claro que era verdad todo lo que te dije! —respondió ella—. Y ahora no tenemos demasiado tiempo que perder. Las has analizado, ¿no?

—Sí —contesté y miré las extrañas piedras que aún conservaba en mi mano, guardándolas a continuación en uno de los bolsillos de mi chaqueta—. Lamento no haberte creído antes, pero, claro, no se

conoce a un extraterrestre todos los días y debo confesarte que aún tengo dudas. No puedo entender cómo…

—No perdamos más el tiempo con tonterías —me interrumpió ella—. Te dije antes que tu planeta está en peligro y es cierto. Hay que actuar con rapidez si queremos hacer algo para impedir su destrucción.

—No entiendo por qué alguien quiere destruir la Tierra, como tú dices.

—Más que eso, quieren apoderarse de ella. En poco tiempo, si no logramos impedirlo, la Tierra se verá invadida por Olocok y sus hombres.

En verdad no llegaba a entender lo que decía, no podía ver el motivo, pero tampoco me sentía capaz de abrir la boca para protestar.

Xin continuó hablando:

—Phemn es un planeta habitado por mujeres y gobernado por ellas. Mi hermana Sor es la reina del planeta.

—¿Un planeta de mujeres? —dije asombrado—. Pero eso es imposible. No pueden existir sin reproducción, y para eso son necesarios los hombres.

—Tienes razón.

—¿Entonces? —volví a preguntar ansioso.

—Nos reproducimos.

—¿Pero cómo?

—Los terrícolas lo llamáis inseminación artificial o niños probeta, pero nosotras, o mejor dicho Sor utiliza además la ingeniería genética, a cuyo estudio dedicó gran parte de su vida.

Me sentía cada vez más intrigado. Aquello era increíble, pero necesitaba saberlo todo y continué con mi interrogatorio:

—¿Y de dónde sacan los espermas para crear a esos niños?

—De Olocok y sus hombres.

Volví a dejarme caer en el sillón. Sentía que mi cuerpo no resistía más. Necesitaba un respiro.

—¿Olocok ? —logré balbucir.

—Sí. Hace mucho tiempo los hombres de mi planeta fueron vencidos por las mujeres y enviados a un planetoide próximo al que llamamos Kok. A partir de entonces nos hemos servido siempre de ellos. Así hemos podido procrear y llegamos a conseguir una forma

de vida casi perfecta, pero…

—¡Pero qué! —grité sintiendo que perdía el dominio de mi mismo.

—Sor quiso crear el Ser Perfecto y poblar toda la Galaxia con ellos, pero algo falló en su ciencia y sólo ha creado monstruos.

—¿Cómo?

—Sí, monstruos. Pero la historia es larga y no hay tiempo para explicártela. Lo único que te pido es que confíes en mí. Creo que ya te he demostrado bastantes cosas.

No respondí. Pensaba en lo que ella me había dicho y en que tenía razón. Me había demostrado bastante. Y…

¡Terminé por confiar en Xin!

* * *

En verdad no sé cómo llegó a ocurrir, pero, de pronto, me encontré siguiendo a Xin por unos serpenteantes senderos, ella me llevaba de un brazo, como si yo fuera un niño pequeño que esté aprendiendo a caminar. Y, entonces, lo reconocí. Aquel lugar donde nos encontrábamos no era otro que el Green Park.

«¿Otra vez aquí? —pensé turbado—. Pero, ¿qué está sucediendo?»

Y mi sorpresa fue aún mayor cuando me encontré que no sólo seguía a Xin, como si fuera un autómata, por aquel parque tan familiar para mí y que en aquel momento me parecía tan extraño, sino que además me había guiado hasta una nave que apareció majestuosa ante mis alucinados ojos, instalada en un claro que había en el parque, al que se podía llegar tras haber atravesado una tupida vegetación, la cual nadie intentaba pasar jamás.

Fue entonces cuando Xin soltó mi brazo y aproximándose a la nave, la abrió invitándome a entrar en ella.

—¡Vamos! —dijo en aquel tono de voz suave pero que muchas veces me resultaba aterrador—. ¡Entra! No te arrepentirás.

Y, no pudiendo resistirme a aquella tentación, me dirigí hacia la nave, hacia Xin. Y entré en ella.

* * *

En lo que me había parecido pocos minutos, me encontré instalado en aquella increíble nave, ¡elevándome rumbo a las estrellas!

No podía dejar de pensar que todo aquello no podía ser más que un sueño, aún no sabía si un mal sueño o si un buen sueño y, de lo único que estaba seguro en aquel momento era de que no me arrepentía de haber seguido a Xin hasta allí.

«Es maravillosa», pensé mientras recorría el interior de la nave con la mirada.

Y en verdad lo era.

Aquella nave, siendo apenas un poco más grande de las micronaves que se utilizaban en la Tierra para poder transportarnos de un lugar a otro, era, no solamente capaz de atravesar las diferentes capas atmosféricas del planeta como cualquiera de las naves de expedición que se habían utilizado antiguamente, sino que estaba equipada como una poderosa nave de guerra espacial.

Me pareció como una verdadera nave Antorcha. Sí, como aquel legendario tipo de aparato que, según se decía, era la nave principal de la que provenían todas las órdenes. ¡Donde sólo podían viajar los grandes cerebros!

«Sí —pensé echando una mirada al tablero de mandos en el cual Xin se concentraba—. Es tal como las describían en aquellos libros prohibidos que conseguí leer en absoluto secreto.»

No me equivocaba. La nave que guiaba Xin era como una mezcla de todas aquellas que se describían en aquellos extraños libros de Verdad Ficción como los llamaban algunos o de Ciencia Ficción como los reconocían otros, en los cuales, y después de mucho luchar por ello, de formas totalmente clandestinas, yo había podido leer lo que siempre había considerado como unas locuras, divertidas, pero locuras. Ficciones, nada más que eso, pero que, en aquel momento podía verlas como una realidad totalmente palpable.

Finalmente, Xin, que había permanecido en silencio prestando atención únicamente a los mandos de la nave, se volvió para observarme.

Yo continuaba absorto.

Las observaba a ambas, a ella, a Xin, y a la nave, por enésima vez, sin poder creérmelo.

Entonces vi cómo Xin me sonreía. Y dijo:

—Ahora saldremos de la densa bruma que rodea la nave, protegiéndola así del Ojo Avizor Terrenal, y nos internaremos en el espacio para atravesar la Galaxia hasta llegar a Phemn.

No hice ningún comentario, limitándome a mirar a través de los cristales tridimensionales de la nave.

Me sentía maravillado viendo cómo aquel extraño aparato se abría paso en la oscuridad de la noche y cómo, de pronto, unas cosas que parecían ser estrellas pasaban veloces junto a la nave.

Xin me hizo reaccionar al preguntarme:

—¿Extrañado?

—Sí —respondí mirándola fijamente a los ojos.

No podía evitar que aquella mujer me atrajera y excitara de tal forma como ninguna otra mujer había podido lograr.

—Me parece increíble —continué como si me limitara a contestar lo que ella me había preguntado.

Pero, mientras hablaba, iba recorriendo el maravilloso cuerpo de Xin con mi mirada, la que, evidentemente, me delataba.

Xin, haciendo ver que no se daba cuenta del sentido real de mis palabras, dijo:

—Pues es verdad. Y tú mismo comprobarás que hay otras formas de vida dentro del Universo Galáctico.

Al oír aquellas palabras sentí que una especie de corriente eléctrica recorría todo mi cuerpo.

—No puedo creerlo —dije con mi mirada clavada en el rostro de ella—. Desde hace ya miles de años que sabemos que la Tierra es el único planeta habitado de la Galaxia y que lo que se llegó a sospechar y a creer en tiempos muy remotos eran simples ficciones salidas de la nociva imaginación del Hombre Antiguo.

Xin no respondió, me dejó hablar sin decir nada, sin interrumpirme ni una sola vez, hasta que se dio cuenta de que había terminado. Entonces, dijo:

—Y esto que te rodea —hizo un gesto significativo con la mano abarcando la inmensidad del espacio, y añadió—: ¿Qué crees que es? ¿Mi imaginación, acaso?

Me di perfecta cuenta del tono burlón que Xin había empleado y tuve que reconoce que me lo tenía bien merecido. No había dicho más que tonterías. Me había comportado como un estúpido.

Sí, aquello que estaba *viviendo* era un sueño, como, en el fondo, debo reconocerlo, estaba convencido, ella no podía saberlo.

«No puede comprenderme —pensó—, ya que forma parte de mi sueño.»

Sí, yo intentaba, por todos los medios, convencerme de que aquello no era más que un sueño y, tanto aquella nave que parecía tan real, el espacio, aquella impresionante Galaxia y, hasta la misma Xin que no dejaba de excitarme cada vez más, formaban parte de mi sueño.

«Solamente un sueño», pensé como si estuviera totalmente seguro de ello.

Pero, en verdad, tampoco lo estaba.

Volví a mirar a Xin con deseo. No podía evitarlo.

—¿Para qué me quieres? —le pregunté—. ¿Para qué quieres que vaya contigo a Phemn?

—Ya te lo dije —me respondió algo molesta—. Necesito de tu ayuda para que Olocok y Sor no puedan llevar a cabo sus diabólicos planes. En verdad, somos muchas las phemnianas que estamos en desacuerdo con la actitud de nuestra reina, Sor, en los últimos tiempos.

Ella me observó y notando mi sorpresa añadió:

—Ya te lo iré contando todo. Tendremos tiempo durante el camino.

—Para empezar —repliqué—, dime cómo puedo ayudarte yo.

Sentí que Xin me miraba con ternura, aunque su mirada nada tenía que ver con sus palabras:

—Serás mi prisionero. ¡El prisionero terrícola del planeta Phemn!

Al oír aquellas palabras sentí que se me helaba la sangre.

* * *

Por lo visto, había caído en un pesado sopor del que desperté bruscamente.

Miré sobresaltado a mi alrededor, dándome cuenta inmediatamente de que no me encontraba en mi casa, en mi estudio, ante la estufa de leña, como supuse por una fracción de segundo, sino que aún permanecía en la nave espacial de Xin.

Me di cuenta, de pronto, que allí algo extraño estaba sucediendo.

La nave daba fuertes sacudidas. Busqué con la mirada a Xin. Y, entonces, mi sorpresa fue mayúscula. De espaldas a mí, ante el tablero de mandos, había dos mujeres que parecían exactas.

Era como si tuviera a dos Xin delante de mis ojos.

Una de ellas se mantenía sentada y la otra de pie.

Moví repentinamente la cabeza intentando borrar así aquella imagen que tenía ante mí, pero me fue totalmente imposible.

De pronto, la que parecía era Xin sentada, se volvió hacia donde yo estaba y dijo:

—Veo que he vuelto a sorprenderte. Esta que ves aquí es Far-21, mi robot particular.

Xin miró a Far-21 y le ordenó:

—Saluda a Roger Trent, Far. Es nuestro prisionero.

Far-21, aquella mujer-robot, se volvió sonriéndome y haciendo un gesto con la cabeza en señal de saludo.

¡Era igual a Xin! Como dos gotas de agua.

—Pero —dije aún sorprendido—, es idéntica a ti.

—Casi —dijo Xin con una sonrisa divertida—. En realidad, se nos ve idénticas. Fue un capricho que me permití: mi mujer-robot particular tenía que ser lo más exacto a mí que se pudiera. Y así es.

Xin hizo una pausa y miró a Far-21 sonriendo con satisfacción. Y, como si recordara viejas historias suyas, añadió:

—Me ha servido de mucho en distintas ocasiones. —¡Xin! —habló por primera vez Far-21 y su voz tenía el mismo tono suave pero autoritario que solía emplear Xin en ocasiones.

Aunque, ¿me parecía notar en el sonido de su voz algo metálico o eran simples imaginaciones mías?

—No te distraigas más, Xin —continuó Far-21—. Ya regresan los Rebeldes del Espacio y volverán a atacarnos.

Xin dejó de mirarme y volvió a concentrarse en los mandos de la nave.

—Sí —dijo Xin—, intentan impedirnos el paso sea como sea.

Vi cómo, ante los mandos, Xin actuaba con seguridad y con una

frialdad que me parecía casi aterradora. Se defendía, en una actitud casi impasible, del nuevo ataque que producía fuertes sacudidas a la nave.

Me sentía como paralizado. Atónito.

Todo aquello, sueño o no, era completamente nuevo para mí. Era demasiado para poder soportarlo. Tenía que ser una pesadilla, un extraño sueño o un castigo diabólico.

Aparté mi vista de Xin.

Había sido ella, aquel irresistible poder que ejercía sobre mí, aquella fascinación que sentía por ella, la que me había llevado hasta allí.

Entonces fue cuando los vi ante mí y a través de los grandes ventanales tridimensionales que rodeaban la nave.

—¡Es horrible! —grité sin poder contenerme más.

Eran unas criaturas espeluznantes que se movían como salvajes ante la nave en la que nos encontrábamos. Aquellos seres, aquellas cosas horribles, iban como montados en una especie de caballos-robots alados, los que utilizaban como naves de guerra, sus terribles y diabólicos destructores, los cuales les permitían huir con rapidez y atacar de la misma forma.

Pero Xin, con movimientos precisos, se defendía. Y, por lo que pude comprobar, lo hacía bien.

Con todo, me parecía mentira que aquella nave en la que nos encontrábamos, pudiera resistir tanto, defendiéndose de aquella forma salvaje.

Pero, a pesar de Xin y de su encanto, aquello cada vez me gustaba menos.

«Tengo que salir de esto», pensé, y comencé a pellizcar mi cuerpo para intentar, de esta forma, despertar a mi mente, la que se rebelaba, desobedeciéndome.

Estaba como atrapado y tampoco quería perderme detalle de todo lo que estaba sucediendo.

Aquello era aterrador. Estábamos rodeados por aquellos monstruos del espacio.

«Será muy difícil llegar a vencerles», pensé.

Entonces oí cómo Xin, sin casi levantar el tono de su voz y sin siquiera mirarme, dijo:

—Acércate, Roger, y comienza a dispararles con las armas de

fusión.

Sentí que no podía moverme. Era incapaz de reaccionar.

Y Xin lo notó.

Dejó pasar algunos segundos y luego, siempre en el mismo tono, añadió:

—Far-21 te dirá exactamente lo que tienes que hacer. Es fácil. Sé que conoces bien e) mecanismo de todo esto, aunque esté en desuso en tu planeta. Pero no podemos perder tiempo. Apresúrate.

Obedecí.

De inmediato me encontré instalado frente a los mandos de la nave, junto a Xin, que continuaba atenta a lo que hacía, defendiéndose de aquel brutal ataque espacial.

—Pensé —dijo Xin, más para sí misma que para Roger—, que con las armas de rayos paralizantes tendría suficiente, pero... —hizo entonces una pausa, y añadió—: No me dejan otra opción.

En aquellos momentos yo ya no sabía qué pensar ni qué era todo lo que estaba sucediendo, y tampoco adonde dirigir mi mirada.

Por un lado tenía a Xin, que a cada momento me sorprendía con una nueva actitud, por el otro estaban aquellos monstruos que no dejaban de atacarnos, aquellos horribles jinetes del espacio, que parecían querer devorar la nave, con sus gigantescos ojos saltones por los que lanzaban potentes rayos.

A mis espaldas tenía a la mujer-robot, al doble de Xin, llamado Far-21 y que casi no hablaba.

Volví a mirar a través de los cristales y vi cómo aquellas bestias seguían aproximándose a la nave.

Sí, parecía faltar muy poco para que, al fin, cayéramos en sus manos.

Pero, entonces, Xin, mientras dirigía su mano hacia el botón que disparaba rayos láser, ordenó:

—Ahora, Roger. ¡Ahora!

—¡Apunta y haz fuego! —me ordenó Far-21, que se mantenía, atenta, a mis espaldas. Y yo obedecí.

* * *

¡Habíamos vencido!

Me pareció que todo había sucedido con tanta rapidez que apenas si me di cuenta de cómo había sido.

Pero habíamos vencido. Eso era evidente.

Lo que más claramente pude notar fue cómo, de pronto, aquella especie de jinetes del espacio, aquellos monstruos que avanzaban hacia nosotros, terminaron por desintegrarse, uno a uno, ante mis propios ojos, para desaparecer definitivamente en la inmensidad de la Galaxia.

Tras una hábil maniobra lograba con los rayos láser, dirigidos directamente a aquella especie de ojos que disparaban, y con los de fusión dirigidos a los caballos-robots, a aquellas temibles naves en forma de caballo alado que recorría el espacio, pudimos alcanzar la victoria.

Xin, no bien hubo conseguido su propósito, casi al mismo momento de disparar los potentes rayos láser, computó el ordenador de la nave para que diera un salto al hiperespacio.

Finalmente, dirigiéndose a mí, dijo:

—Nos encontramos próximos a Phemn. Pronto entraremos en órbita.

—Si es así —dije entonces—, me gustaría saber qué va a suceder conmigo cuando lleguemos a Phemn. ¿Cuáles son tus planes?

—Entregarte a Sor como prisionero.

—¿Por qué? —pregunté sin poder entender qué ganaría con eso.

—Porque necesito volver a tener la confianza de Sor y ésta es la única manera de conseguirlo.

Todavía me costaba creerlo. Cada vez me parecía entender menos.

Nos encontrábamos solos en aquella parte de la nave. Far-21 había desaparecido dentro de su cubículo que se encontraba en la otra parte de la nave.

—¿Y por qué desconfía ella de ti? —pregunté.

Sentí que necesitaba saberlo todo, hasta el más mínimo detalle de Xin, de su vida, de lo que estaba sucediendo.

—Sor, mi hermana —dijo ella—, sabe que, aunque somos gemelas, nuestros sentimientos son totalmente opuestos, y también que muchas phemnianas piensan, sienten como yo. No estoy de acuerdo con su nuevo plan.

—Pero, ¿por qué?

No sabía si mis ojos me engañaban o si era cierto que Xin me había mirado de forma especial, que me atraía haciéndome cada vez más irresistible.

—Eso es algo que, de momento, no te puedo contestar.

Sentí que no podía contenerme ni por un momento más y me aproximé a ella besándola en la boca con pasión. Sentí entonces que mi cuerpo se encendía, se electrificaba de tal forma, que me arrebataba toda noción de lo que me rodeaba, de la nave, del tiempo.

* * *

De pronto, algo me hizo volver en mí: —Reduce la potencia de los motores, Xin. Estamos entrando en órbita.

Al oír aquella voz, aquellas palabras, me incorporé en el colchón supraneumático en el que inexplicablemente me encontraba y miré al lugar de donde habían provenido. Allí vi a Xin, sentada en su asiento aerodinámico y ante el tablero de control de la nave. Far-21 estaba junto a ella.

—Sí —contestó Xin, sin dejar de prestar atención a lo que estaba haciendo—. Ya estamos en la zona de inercia gravitacional.

Yo no dejaba de mirarla. Cada vez sentía más fuerte aquel extraño sentimiento hacia ella, que llegaba a hacerme perder la razón, a mí. A Robert Trent. ¡Esto es inimaginable! Pero, sin embargo…

Me puse en pie intentando distraer mi mente y observé a través del visor tridimensional. Ante mí se presentó un gran óvalo de color rojo. Yo no podía dejar de mirarlo con cierto estupor.

—Te presento a Phemn —oí cómo decía Xin, y con un gesto significativo, añadió—: Lo tienes ante ti.

—Sí —añadió Far-21 con aquella voz que por momentos me resultaba extraña—. En veintiún minutos exactos estaremos de vuelta a casa.

Xin sonrió ante las palabras de su robot-femenino.

—No le gusta nada viajar —comentó divertida. Y añadió—:

Estamos penetrando en la atmósfera de Phemn.

—Espero que nos hagan un buen recibimiento —dijo Far-21—. Hemos estado fuera más tiempo del previsto. Sor estará exaltada.

Aquel diálogo me resultaba increíble, pero me mantenía escuchándolo con atención, sin decir una palabra.

—Sor nos recibirá con los brazos abiertos —dijo

Xin— y llegará a olvidarse de todo cuando vea lo que traemos con nosotras.

—¡Ojalá! —exclamó la robot—. Espero que todo salga bien.

Aún no entendía cuáles eran exactamente los planes de Xin, ni lo que quería de mí. Por momentos me sentía su aliado y, en cambio, en otros parecía que no confiaba en mí, viéndome casi como a un enemigo. Como el prisionero terrícola del planeta Phemn.

Me di cuenta entonces que no podía hacer otra cosa sino dejar que los acontecimientos se sucediesen y actuar ante ellos de la forma que considerara más conveniente.

—Far —dijo Xin—. Acomódate en tu sitio. Y tú, Roger, reclínate en el colchón supraneumático.

Ambos, Far-21 y yo, la obedecimos mientras Xin permanecía ante los mandos, sujeta al asiento aerodinámico.

La nave comenzó a atravesar una tras otra las capas superiores de la atmósfera phemniana.

—En pocos segundos —dijo Xin mirándome de forma extraña, en la que creí ver algo de temor— el encendido automático de los servomotores de descenso se pondrán en funcionamiento.

—¿Y después? —pregunté.

—Después… —repitió Xin con un tono extraño, añadiendo—: Después aterrizaremos en Phemn.

Permanecí mirándola durante un rato y, de pronto, sin saber bien por qué, me di cuenta de que sólo una cosa me horrorizaba y era separarme de ella, de Xin.

Despertar.

CAPITULO III

Me sentí mal al tomar contacto con la atmósfera de Phemn, sin poder evitar que ni boca se empapara de bilis.

Pero pude superarlo y olvidar rápidamente aquel malestar al ver lo que tenía ante mis ojos.

Xin, Far-21 y yo estábamos aún dentro de la nave y fuera de ella habría por lo menos una docena de hermosas jóvenes rodeándonos.

La nave había puesto fin a aquel alucinante viaje deteniéndose en lo que me pareció era un espacio-puerto.

Y lo que podía observar de aquel extraño paraje a donde habíamos llegado, prometía ser tanto o más excitante de lo que venía sucediendo hasta el momento.

—Aquí tienes una pequeña muestra de las mujeres de Phemn —me dijo Xin.

—Y muy buena, por cierto —dije divertido.

Pero a Xin pareció no hacerle gracia mi comentario.

—Pasarás aquí la noche —añadió seria—. Far-21 y yo iremos a reunimos con Sor para informarle de tu presencia en Phemn.

—¿Y me dejarás solo?

—Dentro de la nave, sí. Pero no hay peligro. Nadie más que nosotras, Far o yo, podremos entrar y, evidentemente, tú no podrás salir.

—Por lo visto, no tengo más remedio que permanecer aquí, solo.

—Sí —me respondió con frialdad—. Mañana vendré a buscarte.

Mientras Xin hacía que las compuertas de la nave se abrieran, Far-21 había puesto fuera de funcionamiento el computador de la tabla de control de la nave.

Una vez que Xin y Far-21 salieron dejándome solo, la nave quedó en penumbras. Y fuera, a través de los ventanales, no se podía ver más que la oscuridad rodeándola.

Me senté en uno de los asientos aerodinámicos intentando poner mis ideas en claro. No tenía sueño ni tampoco creía que pudiese dormir esa noche.

¿Por qué Xin quería entregarme como prisionero a su hermana? ¿Lograría así ganar su confianza? ¿Y si lo conseguía, qué obtendría con ello? ¿Cómo impediría el ataque a la Tierra?

Todas estas preguntas se agolpaban en mi mente. Me las repetía a mí mismo una y otra vez sin llegar a encontrar una respuesta.

No me quedaba más remedio que esperar el regreso de Xin.

De pronto me di cuenta de que ni siquiera podría decir a ciencia cierta cuánto tiempo había pasado desde el momento que había

leído el anuncio de Xin en el periódico hasta el momento actual. Tanto podrían haber sido minutos como años.

Por una parte me pareció que sólo habían pasado algunos minutos, pero por la otra sentía que me habían ocurrido demasiadas cosas para que pudieran suceder en poco tiempo.

«Pero —pensé— el tiempo transcurrido es lo de menos. En lo único que debo pensar ahora es en lo que vendrá.»

Sin embargo, no pude, ni siquiera, imaginármelo.

* * *

La claridad era total.

Xin y yo nos encontrábamos en lo alto de la nave dispuestos para salir.

Aún no había empezado a descender por el autotubo, cuando Xin ya había salido de él y se dirigía, resuelta, hacia una de las mujeres que se encontraban ante la nave. Mirándome.

Podía sentir claramente cómo varios pares de ojos femeninos recorrían mi fisonomía haciéndome sentir algo incómodo. Y, ¿por qué no reconocerlo?, halagado.

Xin ya había llegado junto a la joven y tuvo que sacudirla con cierta violencia para lograr que ella le prestara atención y desviara su vista de mí.

Por fin Xin terminó de dar sus órdenes y se volvió hacia donde estaba yo, esperándola.

—Pero, ¿qué les pasa? —le pregunté yo, manteniéndome aún en lo alto de la nave—. ¿Acaso es que no han visto a un hombre en su vida?

—No, no lo han visto —me respondió dejándome perplejo—. Tú eres el primero.

Permanecí un momento en silencio mirando a todas aquellas hermosas mujeres en las que jamás se habían posado los ojos de un nombre.

—Ven —me dijo Xin, sacándome de mi estupor—. Te llevaré a presencia de mi hermana Sor.

El timbre de la voz de Xin era suave como el de siempre, pero al

igual que otras veces, firme, seguro. Como si ninguna emoción la embargara.

Pude, por fin, lograr que mi cuerpo se moviera y descendí por el autotubo que me llevaría hasta Xin.

Al llegar abajo la encontré junto a mí. Ella se había aproximado a la gran boca del autotubo y, al salir yo de él, nuestros cuerpos habían quedado muy juntos. Tan juntos que me sentí atraído por aquel cuerpo, delicioso, que exhalaba un aroma excitante, seductor, irresistible.

No pude evitar que una fuerte oleada de deseo me invadiera haciéndome sentir que perdería el sentido.

A punto estuve de abrazarla fuerte entre mis brazos y amarla allí mismo. Sí, amarla, amarla hasta la locura. Pero, entonces, el encanto se esfumó y Xin se alejó de mi lado como si adivinara mis sentimientos.

—Sígueme —me dijo.

Tras tomarme unos segundos conseguí que mis sentidos, que toda pasión terminara por aplacarse y comencé a caminar tras ella. Siguiéndola sin importarme a dónde quisiera llevarme.

* * *

Después de haberla seguido por todo el recinto del espaciopuerto, salimos al exterior y Xin me guió hasta una mini-nave de uso interno.

Una vez acomodados en los asientos neumáticos de la nave, Xin hizo que me colocara las barras de seguridad.

—No creo que sean necesarias para un vuelo interno —dije.

—Te equivocas —me contestó sin decir más, mientras programaba el vuelo en la nave.

—En la Tierra —insistí—- ya no se usan estas barras de seguridad.

Xin había terminado los preparativos y me miró.

—Recuerda que no estás en la Tierra y aquí sí son necesarias.

—Está bien, si tú lo dices, lo haré.

Mientras me preparaba, le pregunté:

—¿Qué ha pasado con Sor, tu hermana?
—Nada. No ha querido recibirme.
—¿Y crees que te recibirá ahora?
—Sí, por eso te llevo conmigo.
No bien terminé de colocar la barra de seguridad ante mí, la nave se elevó con una rapidez inusitada, descendiendo algunos segundos después.
No entendía lo que estaba haciendo Xin con aquel aparato.
«Tal vez haya descubierto algún fallo y por eso baja otra vez», pensé y, dirigiéndome a ella, le pregunté: —¿Por qué desciendes? ¿Pasa algo? —Sí. Hemos llegado.
La miré sorprendido pensando que estaba bromeando.
—Creo —le dije sonriendo, mientras volvía a quitar la barra de seguridad— que hubiera sido mejor venir andando.
—Entonces hubiéramos demorado horas.
—¿Qué dices? Si no hemos demorado más que unos segundos en llegar aquí con la nave.
—Pero aquí las naves están hechas con servomotores de macropotencia. Aunque te extrañe, hay una gran distancia desde el espaciopuerto hasta el lugar donde estamos.
—Es verdad —dije—, hay muchas cosas más que me extrañan de todo esto.
—No puedo explicarte más de momento. Ya lo irás entendiendo todo, es sencillo.
Nos quedamos mirándonos a los ojos por unos segundos y finalmente Xin dijo:
—Será mejor que bajemos y vayamos al encuentro de Sor.
Ambos salimos de la mini nave y, de pronto, ante mí vi aquella impresionante edificación de plastilito acristalado en tonos opacos y brillantes.
Permanecí totalmente absorto mirando atentamente aquel extraño lugar donde me encontraba. Casi llegué a olvidar que tenía a Xin a mi lado hasta que oí:
—Tengo que hablarte. Ven.
Dirigí una mirada pensando si Xin se dirigía a mí, pero me había equivocado. A mi lado había dos mujeres, iguales, como si Xin se hubiera duplicado. Inmediatamente reconocí a Far-21, no podía ser otra y había sido ella la que había hablado.

—Espérame aquí un momento —dijo Xin dirigiéndose a mí y desapareciendo con Far-21 en un recodo del edificio que teníamos delante.

Apenas habían pasado unos segundos cuando vi que Xin, sola, se acercaba nuevamente a mí.

—Mi hermana —me explicó al llegar a mi lado —dice que no quiere verme.

—¿Qué harás?

—Entremos. Ya lo verás.

Seguí a Xin a través de los pasillos de plastilito acristalado del interior del edificio, hasta encontrarnos dentro de una gran habitación oval. Al final de ésta pude ver a una mujer de larga cabellera morena que, de espaldas a nosotros, miraba a través de los ventanales.

Iba vestida con los mismos extraños ropajes que llevaba Xin, aunque variaba el color. Este era de un amarillo intenso y el de Xin de un negro azabache, pero los dos marcaban las figuras de ambas mujeres como si en realidad no llevaran nada encima de sus cuerpos.

—Sor —dijo Xin—. Tengo algo para ti.

La mujer dejó de mirar por los ventanales de plastilito transparente y se volvió hacia donde nosotros estábamos.

—¡Un hombre! —exclamó horrorizada—. ¿Cómo te atreves?

No pude evitar sentirme tan sorprendido y horrorizado como ella al ver su rostro.

¡Era exacta a Xin! Con la única diferencia del color de su pelo que era negro como la noche.

La observé más detenidamente y sentí que un escalofrío recorría mi cuerpo al notar aquella mirada sobre mí. Se notaba el odio, la maldad en todo su ser.

—¡Cálmate! —le dijo Xin y se aproximó a su hermana—. No es un hombre corriente.

—¿No? —dijo Sor furiosa—. Pues no veo nada especial en él.

—Es un hombre de la Tierra. Un terrícola.

—¡Un terrícola! —exclamó Sor incrédula.

—Si —contestó simplemente Xin.

—¿Y cómo pudiste conseguirlo?

—Ese, por ahora, es mi secreto. Sólo quiero demostrarte que soy capaz de llegar al planeta Tierra y de capturar a un terrícola.

Sor no dejaba de observarme con aquella mirada de hielo que recorría mi cuerpo de arriba abajo.

—Un terrícola —repitió Sor—. Un terrícola en Phemn.

—Sí, un terrícola en Phemn —repitió Xin, y añadió—: Y a tu entera disposición.

—Xin —dijo Sor desviando su mirada de mí y dirigiéndola a su hermana—, creo que no llego a entender lo que te propones.

—Pues es fácil —contestó Xin en un tono frío—. Quiero que abandones los planes que tenías de aliarte a Olocok para conseguir a los hombres de la Tierra.

En aquel momento los ojos de Sor parecían querer salirse de sus órbitas.

—Bien sabes que jamás renunciaré a ello. Un hombre terrícola no vale lo mismo que el planeta Tierra y todos sus hombres.

Xin no pareció sentirse contrariada ante la negativa de su hermana. Sin dejar de sonreírle, dijo:

—Nadie está diciendo que no debes adueñarte de la Tierra, simplemente que no lo hagas con la complicidad de Olocok . Tú y yo podemos apoderarnos de los seres de aquel planeta fácilmente.

Al oírla me sobresalté. Notaba que algo había cambiado, algo extraño estaba sucediendo. Estuve a punto de perder el equilibrio al oír las últimas palabras que había pronunciado Xin y, lo que era peor aún, el tono diabólico que ella había utilizado al pronunciarlas.

Me giré para mirarla. Y, al ver la expresión de su rostro, sentí que un sudor frío recorría mi cuerpo. La encontré desconocida, no parecía la misma Xin que yo había conocido y por la que había llegado a sentir amor.

Me sentí horrorizado ante aquel cuadro que se presentaba ante mis ojos.

—¡Xin! —exclamé sin poder contenerme. Ella se volvió para mirarme.

—Lo siento, Roger —me dijo en un tono de voz que casi no podía reconocer como el de Xin—. Tuve que engañarte.

—Pero... —intenté protestar.

—No me gusta utilizar la violencia —dijo Xin fríamente—, pero si no te mantienes callado haré que no vuelvas a pronunciar una

palabra más en lo que te queda de vida.

No podía creer lo que estaba oyendo, lo que estaba viendo ante mis ojos. No podía ser cierto. Me negaba a creerlo, pero…

Unas terribles carcajadas comenzaron a resonar por toda la habitación. Dirigí mi mirada a Sor. Era ella quien reía al tiempo que le dijo a su hermana:

—Muy bien, Xin. Tú y yo gobernaremos la Galaxia entera y nuestro primer objetivo es la Tierra.

—Entreguemos a este terrícola a Olocok , como justo premio de consolación —dijo Xin.

Fue entonces cuando sentí que mi cuerpo no me sostenía y me desplomé, oyendo mientras caía las espeluznantes carcajadas de las dos hermanas.

* * *

Abrí los ojos y sobresaltado miré a mi alrededor. Acababa de recobrar el conocimiento y, de inmediato, recordé todo lo que había sucedido, todo lo que estaba sucediendo.

Todavía podía ver en mi mente la imagen de Sor riendo de forma diabólica, al igual que Xin.

Volví a cerrar los ojos con fuerza y moví la cabeza bruscamente intentando alejar aquellas imágenes de mi mente. Pero todo era en vano.

—Creí que volvería a perder el sentido al recordar a Xin. Me parecía verla allí, ante mí, riéndose de aquella forma…

—No, no, no… —repetí varias veces.

No quería recordarla. No podía ser verdad. Aquella mujer no era la Xin que yo había conocido.

—¡Noooоооо..! —grité, mejor dicho, aullé, con todas mis fuerzas.

Sentía que me volvía loco o tal vez ya lo estuviera.

Había sido engañado por Xin y al reconocerlo me ponía fuera de mí. Estaba furioso.

Ella había llegado a conseguir que la obedeciera como si fuera su fiel robot.

«Pero se ha equivocado conmigo —pensé—. Y ahora sabrá quién

es en verdad Roger Trent.»

No pude evitar sonreírme. Sentía cierta satisfacción de poder actuar. Estuviera soñando o no podría poner en práctica todos mis conocimientos, conocerían al verdadero Roger Trent.

Volví a reír y pensé que me hubiera gustado que Xin pudiera verme en aquellos momentos, no reconocería en mí nada del apacible terrícola que ella había recogido en la Tierra. Sentiría seguramente lo mismo que yo había experimentado al verla reírse de mí y conocer sus odiosos planes: como a un ser extraño y terrible.

La pasividad que siempre me había caracterizado ya no existía.

* * *

Pasé mucho tiempo encerrado en aquel cubículo totalmente construido de plastilito opaco que impedía mirar hacia el exterior.

Dentro de aquel pequeño espacio en el que me había encerrado no había más que un simple colchón neumático donde me había recostado.

No había nada allí dentro que pudiera llamar mi atención, ni tampoco se presentó nadie durante un largo rato. Ambas situaciones me ayudaban a pensar en todo lo que había sucedido y también en lo que sucedería.

¡Tenía que encontrar la forma de regresar a la Tierra!

Pero antes, para que todo resultara a la perfección, a mi gusto, tenía que vengarme.

Estaba resuelto.

No me iría de allí sin antes haber destruido a aquellas dos mujeres.

Sabía que me iba a resultar difícil, muy difícil. ¡Pero no imposible!

«Para eso debo recuperar mi habitual sangre fría —pensé—. Con ella y con un poco de suerte.»

Pero entonces, en aquel preciso momento, algo me había sobresaltado interrumpiendo mis pensamientos. Sentía un impulso terrible que me obligaba a girarme. Y, al volverme, la vi.

Allí, de pie ante mis ojos, se encontraba Sor mirándome fijamente con aquellos ojos que parecían de hielo.

No pude evitar sobresaltarme. Pero, de inmediato, logré reponerme.

Sor se mantenía en silencio, limitándose únicamente a mirarme, pero lo hacía de tal forma, con tanta fuerza, que parecía querer penetrar en el interior de mi mirada.

«Sí, es peligrosa, muy peligrosa», pensé, mientras hacía esfuerzos por sostener su mirada puesta en mí.

Era preciso comenzar a actuar de inmediato y conocer lo que planeaba hacer conmigo aquella diabólica mujer, mejor dicho, aquellas diabólicas mujeres.

Sí, aunque por momentos me costaba creerlo, Xin también se había convertido en una mujer perversa y temible.

A pesar de que intentaba con todas mis fuerzas no dejarme arrastrar por ningún tipo de sentimiento que pudiera entorpecer mis planes, no lograba conseguirlo plenamente.

No podía evitar sentir dolor al pensar en la forma que Xin me había engañado, pero también, el mismo hecho, me hacía sentir odio, un odio atroz hacia ella, hacia Xin.

Pero tenía que dominarme. ¡Debía dominarme y actuar!

Ya no podía soportar más aquel silencio. Por fin me decidí y pregunté:

—¿Qué pensáis hacer conmigo tú y tu hermana?

Había logrado que mi tono fuera frío, sin permitirle siquiera que sospechara lo que me proponía.

Sor no respondió de inmediato. Parecía que necesitaba pensar la respuesta, como si todavía no lo supiera.

—Utilizarte —dijo por fin y añadió—: Serás llevado al planetoide donde habitan Olocok y el resto de sus hombres.

Tras contestar a mi pregunta, volvió a permanecer en silencio, pero sólo por unos segundos, luego murmuró:

—No, no consigo entenderla.

Había oído perfectamente sus palabras, pero no podía comprender el significado que tenían.

Finalmente, sonriendo de tal forma que logró hacerme temblar como si una fuerte descarga eléctrica recorriera mi cuerpo, dijo:

—No te molestes en intentar escapar. Jamás podrás conseguirlo.

El tono de su voz parecía de hielo y me alegré cuando desapareció de mi vista.

* * *

—Esperaré tranquilamente a que me lleven a ese planetoide donde se encuentra Olocok y una vez allí...

Las grandes carcajadas que comenzaban a salir de mi boca me impidieron continuar el monólogo que mantenía con mi solitaria persona.

Finalmente, me dejé caer en el colchón neumático.

CAPITULO IV

Por fin me habían dejado allí. En aquel planetoide árido y gris donde habitaba Olocok .

Ese nombre me impresionaba y me había impresionado desde la primera vez que lo había oído. Sin saber bien la causa, sentía que el hombre al que llamaban Olocok era alguien importante y seguramente temible hasta para las propias phemnianas.

Estuve caminando durante un largo rato por aquel paraje inhóspito sin encontrarme con un solo ser viviente. Allí no parecía haber vida de ningún sitio.

Pero, de pronto, cuando ya casi estaba convencido de que aquél era un planetoide deshabitado, pude distinguir claramente ante mí la silueta de una persona envuelta en una enorme túnica multicolor

que se acercaba hacia mí,.

¡Era asombroso! Y, lógicamente, me sorprendí.

Aquel ser, del cual aún no había podido ver el rostro, estaba cada vez más próximo a mí y su túnica multicolor parecía brillar cada vez con más intensidad contrastando con aquel paisaje totalmente gris e insípido que nos rodeaba.

—Soy Olocok —dijo entonces y se descubrió el rostro.

¡Ojalá nunca lo hubiera hecho!

Hubiera preferido no ver jamás aquellas terroríficas facciones. Pero lo tenía allí, ante mis ojos, presentándose ante mí como la verdadera imagen del mal.

Olocok , su presencia, había hecho que mi cuerpo se viera sacudido por un fuerte temblor que no había conseguido dominar.

Había llegado hasta allí esperando encontrarme algo semejante, pero nunca hubiera podido imaginar que fuera tan terrible. De todas formas, estaba bastante preparado y logré reponerme de la primera impresión.

—Mi nombre es Roger Trent —le dije—. Provengo del planeta llamado Tierra.

—Lo sé —me respondió sin dejar de mirarme. Y, de forma glacial, añadió—: Sígueme.

Tras pronunciar estas palabras, se volvió dándome la espalda con un gesto casi teatral y comenzó a andar delante de mí.

Comencé a seguirle. No me quedaba otro remedio. ¿Qué iba a hacer, sino, sólo en aquel tétrico lugar?

Además, era el momento de enterarme de todo. De lo que había sucedido para que los hombres y mujeres de aquel planeta se dividieran y odiaran, de lo que estaba sucediendo en aquellos momentos y de lo que sucedería según los planes de Sor. Siempre que, lógicamente, yo no lograra impedírselo como me había propuesto hacer.

Mientras seguía a Olocok , o mejor dicho, a aquella túnica multicolor que centellaba ante mí envuelta por las brumas del lugar, notaba como un sentimiento de nerviosismo, de ansiedad, se apoderaba de mí.

«No tengo miedo —pensé— y es mi mejor arma contra ellos. Si esto es un sueño, despertaré en algún momento; y si no lo fuera..., habré sentido todas las emociones que jamás podría sentir en la

Tierra.»

Finalmente, continuando mis pensamientos en voz alta, continué:

—Sea lo que sea, me siento totalmente inmerso en todo esto.

Intentando no perder de vista la fosforescencia multicolor que se movía rápidamente ante mí, apuraré el vaso.

La persistente bruma en que nos movíamos se volvía cada vez más densa, más impenetrable.

* * *

Nos encontrábamos en el interior de lo que parecía una enorme cueva, la que, evidentemente, le servía a Olocok como vivienda.

Olocok se encontraba sentado ante mí. El brillo de su túnica había disminuido, apagándose casi por completo debido a la gran luminosidad que reinaba allí dentro.

En un primer momento no pude darme cuenta de dónde provenía la luz, ya que al entrar en aquella cueva mis ojos se enceguecieron quedando totalmente encandilados por semejante brillo. Pero, finalmente, mis ojos se acostumbraron al cambio y pude abrirlos sin que aquella potente claridad los dañara. Fue entonces cuando me sentí totalmente maravillado.

Miraba a mi alrededor. Me parecía encontrarme dentro de un enorme diamante en bruto, en sus mismas entrañas, rodeado de luz, que provenía de sus múltiples y brillantes paredes.

Cuando conseguí salir de mi estupor, acepté la invitación que, en silencio, me hacía Olocok , y me senté frente a él.

—Conozco tu historia —dijo Olocok utilizando el mismo tono de voz gélido que ya le había oído. Y añadió—: Sé todo sobre ti y la forma en que llegaste hasta aquí.

—Eso que tú sabes también lo sé yo —comencé a decir, seguro de lo que quería—. Pero hay otras cosas que tú conoces y que me gustaría saber.

Olocok se mantuvo en silencio durante unos momentos, y finalmente, en su tono habitual, dijo:

—¿Y qué ganaría yo contándote lo que tú quieres saber?

—¿Y qué ganarías no contándomelo? —interrogué a mi vez, y

agregué—: De todas formas, no creo que podamos hacer otra cosa más que hablar.

—De momento, así es —dijo él, y en su tono me pareció percibir cierta amenaza.

Tras haber logrado disimular el escalofrío que se había apoderado de mi cuerpo al oír aquellas palabras, continué:

—Sólo quiero que me cuentes sobre Phemn y las mujeres que lo habitan, y cuál es el motivo para que tú y el resto de los hombres permanezcáis prisioneros en este lugar.

Me detuve esperando que Olocok dijera algo, pero él se mantenía en silencio y yo podía sentir claramente cómo la fuerza de su mirada se clavaba en mí y parecía atravesarme.

Levanté entonces la vista para mirarle directamente a los ojos, a aquellos ojos diabólicos que brillaban como llamaradas, sosteniéndole su mirada, desafiándolo:

—Háblame de Sor y de su poder —dije y, tras hacer una pequeña pausa, añadí—: Tal vez terminemos por encontrar la forma de vencerla.

Por un momento, me pareció que Olocok continuaría obcecado en su silencio, pero, afortunadamente, me había equivocado.

—Eres un hombre inteligente —dijo—. Te contaré lo que quieras saber, aún nos queda algo de tiempo.

—¿De tiempo para qué? —pregunté con curiosidad.

—Ya lo sabrás a su debido tiempo —me respondió.

Y esa simple respuesta, mejor dicho, lo que ella implicaba, hizo que todo mi ser se estremeciera.

—Te contaré lo que quieras saber del planeta Phemn —añadió—. Puedes empezar a preguntar.

* * *

Había necesitado un buen rato para conseguir que mis ideas se pusieran en claro, para hacer que todos mis sentidos estuvieran alerta, antes de comenzar mi interrogatorio.

Durante ese tiempo, nos mantuvimos en silencio, sumergidos cada uno en nuestros pensamientos, en nuestros mundos tan

diferentes uno del otro.

Finalmente pude preguntar.

—¿Cómo llegó Sor a crear un planeta de mujeres? —Gracias a su inteligencia puesta a total disposición de la ciencia.

—Pero tuvo que existir un principio, algo que terminara por desencadenarse llegando a lo que hoy es Phemn.

—Sí, tienes razón —dijo Olocok .

Tras pronunciar estas palabras, volvió a callar, como si se sumiera en profundos y lejanos recuerdos, los cuales parecían acentuar la expresión diabólica de su rostro.

Mientras tanto, yo me limitaba a mirarle, sin atreverme a interrumpirle. Sabía que Olocok terminaría por contarme lo que yo quería saber.

Finalmente, satisfecho, pude comprobar que no me equivocaba al oír cómo Olocok comenzaba su relato:

—Hace ya mucho tiempo, tanto, que no quiero ni recordarlo. Entonces Phemn era un planeta habitado por hombres y mujeres. En el que eran los hombres quienes lo gobernaban.

El tono de la voz de Olocok continuaba siendo frío, gélido, como si ningún sentimiento, ninguna emoción, ni siquiera las que podían proporcionarle sus recuerdos lograran perturbarle.

Yo le escuchaba atentamente, con verdadera ansiedad.

—Sí, los hombres gobernamos Phemn hasta que el odio de Sor hacia nosotros terminó por vencernos, convirtiéndose así en dueña absoluta del planeta.

—Pero, ¿cómo lo logró? —pregunté sin poder contener más mi curiosidad.

—Sor es muy inteligente —dijo. Luego, sonriendo de aquella forma a la que no lograba acostumbrarme, la que aún me horrorizaba, añadió:

—Sí, casi tan inteligente como yo.

—¿Cómo logró vencerte entonces?

—Ella tuvo más suerte que yo. Trabajábamos juntos en el mismo proyecto: una poderosa arma neutrónica. Pero, la utilidad que cada uno de nosotros pensábamos darle no era la misma. Sor trabajó clandestinamente sobre aquel proyecto, haciéndolo también de forma clandestina para aventajarme y así terminó por encontrar no precisamente el arma neutro nica sino una cuyas radiaciones afectan

sólo a los hombres.

—Me parece increíble —comenté.

Olocok continuó hablando como si no se hubiera dado cuenta de mi interrupción, como si ni siquiera recordara mi existencia.

—Lo que Sor no sabía entonces era que también yo trabajaba clandestinamente en otros proyectos mucho más ambiciosos que los de ella.

—¿Qué proyectos? —pregunté.

Olocok volvió a mirarme como si sólo entonces se diera cuenta que yo continuaba allí.

—La conquista de la galaxia —dijo sonriendo diabólicamente.

A pesar del fuerte escalofrío que recorría todo mi cuerpo, logré hablar sin que mi voz temblara:

—Pero la suerte ha vuelto a estar del lado de Sor.

Tras mis palabras, grandes carcajadas comenzaron a resonar en mis oídos, poniéndome los pelos de punta.

Olocok , logrando contener por momentos la risa, no dejaba de repetir:

—Tal vez… Tal vez… —y volvía a dar grandes carcajadas que retumbaban, multiplicándose.

La escena me resultaba infernal, dantesca.

* * *

Una vez que Olocok hubo conseguido calmarse, dejando por fin de reír, hizo que le acompañara al exterior de aquella especie de cueva brillante en la que nos encontrábamos.

Volvimos a internarnos en la densa bruma que rodeaba el planetoide, manteniéndolo así en una constante penumbra.

Caminábamos juntos atravesando las sombras, sin decirnos ni una sola palabra.

Me encontraba totalmente sumido en mis pensamientos, recordando las últimas palabras que me había dirigido Sor antes de enviarme al inhóspito lugar en el que me encontraba.

«—Volverás a vernos antes de que invadamos tu planeta —había dicho—. Cuando estemos de camino a él, preparadas para

convertirnos en sus dueñas.»

Aquellas palabras sonaban aún en mis oídos y también se me presentaba la imagen de Xin, impasible, junto a su hermana, mirándome sin dejar traslucir ningún sentimiento.

Entonces, recordándola, el odio y el afán de vengarme volvieron a apoderarse de mi persona.

«Lo conseguiré —pensé—. Sólo tengo que esperar que lleguen aquí con sus potentes naves y, entonces...»

Pero, de pronto, algo llamó mi atención, interrumpiendo así mis pensamientos.

Ante mí, no muy lejos, podía ver un fuerte resplandor que brillaba cada vez con más fuerza y del que parecían provenir fuertes rugidos que electrizaban mi piel.

Me di cuenta, horrorizado, que Olocok me guiaba hacia aquella luz, la que se presentaba ante mis ojos como una verdadera amenaza, como un peligro inevitable.

Finalmente, y por primera vez desde que habíamos salido de aquella cueva, Olocok habló dirigiéndose a mí:

—Quiero enseñarte lo único que logró Sor en su búsqueda del Ser Perfecto.

Al oír sus palabras recordé algo que Xin me había dicho, algo acerca del Ser Perfecto que su hermana esperaba crear con la ayuda de la ingeniería genética, habiendo logrado, hasta el momento, sólo monstruos.

—¿Qué te propones? —le pregunté.

—Participar en una cacería —me respondió.

* * *

Y aquello se había convertido en una verdadera cacería, en la cual, desgraciadamente, yo actuaba como presa de caza.

Tras haberme enseñado aquellos monstruos, unas cosas repugnantes, gelatinosas, que jamás hubiera creído que podrían existir si no las hubiera tenido ante mis ojos.

Olocok me había concedido cierto tiempo para que pudiera huir, alejarme de allí lo más posible antes de que él soltara a aquellas

bestias, las que actuarían como sabuesos.

En mi mente albergaba el único propósito de mantenerme escondido hasta que Sor y Xin llegaran en sus naves y así poder actuar, teniendo, al menos, una posibilidad de huir.

La persecución había comenzado.

Podía oír perfectamente cómo sus rugidos atravesaban la oscuridad, aproximándose a cada momento. Casi podía sentir cómo se arrastraban con rapidez, decididos, hacia el lugar donde yo me encontraba.

No importaba el rumbo que tomara, ni lo rápido que corriera; ellos venían siempre detrás mío.

Implacables.

No podía dejar de correr, de moverme. No debía hacerlo, ya que en eso consistía mi única salvación. Pero, ¿por cuánto tiempo lograría resistirlo?

* * *

Había logrado despistarlos.

«Por lo menos de momento», pensé.

Intenté mirar a mi alrededor sin conseguir ver nada. Me encontraba en un lugar desconocido y envuelto en tinieblas.

«Perdido en un lúgubre planetoide —pensé—. Perdido en la inmensidad de la galaxia.»

—¡Increíble! —exclamé en voz alta.

Me sobresalté. Sí, el sonido de mi voz, de mi propia voz, lograba asustarme.

Tenía que tranquilizarme y permanecer atento a lo que pudiera ocurrir a mi alrededor. Sabía bien que en el primer descuido que tuviera, Olocok y aquellos monstruos que le servían de sabuesos, lograrían atraparme.

Debía evitar, de cualquier forma, que llegaran a darme caza.

No podía hacer otra cosa más que permanecer inmóvil. Esperando.

Intentaba penetrar con la mirada en aquella densa penumbra que me rodeaba, tratando de divisar los destellos multicolores que

despedía la túnica de Olocok .

Solamente eso y mi agudo sentido auditivo me permitirían mantenerme alejado de mis persecutores.

También tenía un arma que Olocok me había dado antes de comenzar aquella demencial cacería en la que me encontraba envuelto. Según me habían dicho, me daba el arma para hacer más emocionante aquel diabólico juego, pero, desde un primer momento supe que de nada me serviría. Y él, Olocok , también lo sabía.

* * *

No sabía cuánto tiempo había permanecido así, atento al más mínimo ruido, hasta que de pronto un sudor frío recorrió todo mi cuerpo.

¡Les oía! Sentía claramente el ruido de sus cuerpos al arrastrarse, acercándose cada vez más.

No sabía si mi cuerpo resistiría, pero debía intentar alejarme de allí lo más rápidamente posible.

Comencé a correr.

No sabía adónde me dirigía. Lo único que podía hacer era marchar en sentido contrario al que ellos venían.

Mis fuerzas me estaban abandonando y mis movimientos eran cada vez más lentos. ¡Me estaban alcanzando!

Podía oírlos casi junto a mí, detrás mío, dispuestos a saltar sobre mi cuerpo. Caería, irremediablemente, en sus manos. Olocok terminaría por darme caza convirtiéndose así en el dueño de mi vida.

Estaba totalmente perdido. El fin, mi fin, se aproximaba.

Pero, a pesar de ello, a pesar de saber que pronto caería en poder de aquellas bestias, en poder del maldito Olocok , continuaba corriendo, casi como un sonámbulo, intentando mantenerme con vida, aferrándome a ella.

De pronto, como por arte de magia, todo era luz a mi alrededor. Me había metido, sin darme cuenta, en una de aquellas cuevas luminosas, brillantes, que habitaban los extraños seres de aquel lugar.

Mantuve mis ojos cerrados durante unos momentos para que el

potente brillo que irradiaba aquel lugar no los dañara. Mientras tanto, todos mis sentidos continuaban alerta.

Ya casi no les oía. Parecían alejarse.

Volví a abrir mis ojos, incrédulo.

Buscaba un motivo, la causa para aquel alejamiento de mis perseguidores cuando ya casi me tenían a su merced.

Buscaba, desesperado, en todas direcciones, y fue entonces cuando la vi ante mí.

—¡Xin! —exclamé.

Al verla me di cuenta de que estaba atrapado.

Y, en aquel preciso momento, odiándola, recordé el arma que Olocok me había dado y que aún conservaba.

Con las pocas fuerzas que todavía me quedaban empuñé el arma apuntando hacia Xin.

—¡No dispares!

Estas fueron las únicas palabras que oí antes de desplomarme sin sentido.

CAPITULO V

Al recobrar el conocimiento había intentado abrir los ojos, pero me di cuenta, de inmediato, que sería mejor mantenerlos cerrados. La potente luz que existía en el lugar donde me encontraba me cegaba. Sería mejor esperar.

Evidentemente no me encontraba en mi casa, cómodamente instalado ante el cálido resplandor del fuego. La pesadilla continuaba.

Comencé a abrir los ojos lentamente, intentando conseguir, poco a poco, que se acostumbraran a la luz.

Cuando por fin lo hube conseguido, recorrí con la mirada el lugar. Me sobresalté al descubrir que era una cueva brillante como la que había estado antes con Olocok .

«Olocok —pensé horrorizado—. Me ha atrapado. Xin ha vuelto a traicionarme. Me ha entregado a Olocok .»

Me incorporé.

La cabeza me dolía terriblemente, me encontraba muy débil, pero conseguí ponerme en pie, volviendo a recorrer el lugar con la mirada, la que volvía a confirmarme de que allí no había nadie.

«Qué extraño —pensé—. Me han dejado solo.»

Rápidamente me dirigí a la salida de aquella extraña cueva. Debía aprovechar cualquier oportunidad que tuviera para librarme del diabólico Olocok .

Al llegar junto a aquella enorme abertura que me devolvería a las brumas, a la oscuridad, me detuve. Algo en mí me advertía del peligro.

«Debí suponerlo —pensé—. Ha dejado a sus sabuesos como carceleros.»

Al volverme para buscar la mejor manera de huir, sentí que los latidos de mi corazón se aceleraban de manera vertiginosa.

Xin estaba allí, frente a mí, sonriendo, tan hermosa como siempre, tan tentadora enfundada en aquel traje ceñidísimo y con aquel turbante que la hacía parecer más majestuosa aún.

«A pesar de todo —pensé—, aún consigue turbarme.»

Decidido, me aproximé hacia donde ella estaba, deteniéndome cuando nuestros cuerpos se rozaron. Podía volver a sentir aquel perfume que exhalaba su cuerpo haciendo que los deseos se apoderaran nuevamente de mí.

—Xin —dijo—. ¿Por qué lo hiciste?

Ella no respondía, se mantenía muy junto a mí, con una semisonrisa dibujada en sus labios, pero sin decir ni una palabra.

—Está bien —dije—. Prefiero, de cualquier forma, morir en tus manos que en las de Olocok .

Al oír mis palabras, Xin rió de buena gana, pero esta vez su risa no me hizo estremecer de horror.

—Te comprendo —dijo—. Pero no he venido exactamente a eso.

—¿Ah, no? —pregunté, sorprendido—. ¿A qué has venido, entonces?

—Intento salvarte.

Las palabras que Xin había pronunciado tan tranquilamente me dejaron totalmente sorprendido.

—¿Cómo?

—A salvarte —repitió.

—No puedo entenderte, Xin —dije—. ¿Por qué quieres ahora salvarme cuando fuiste tú misma la que me envió aquí, a una muerte segura?

—Ahora lo de menos es que lo entiendas, lo único importante es que me creas, que confíes en mí.

—Confié una vez —dije con rencor—, y me engañaste.

—Te equivocas. No te engañé a ti, sino a mi hermana. Y aún continúa engañada. Far-21 ocupa mi puesto. Pronto vendrán aquí y será entonces cuando podamos destruir sus planes.

—¿Y Olocok ? Es peligroso.

—Sí, más aún que Sor, pero confío que podamos destruirles.

Xin parecía en verdad sincera y yo necesitaba creerle. A fin de cuentas, era lo único que me quedaba, la única esperanza.

—Bien, Xin. Te creo, pero necesito saber lo que planeas.

—Tienes razón. Aún nos queda tiempo antes de que lleguen y aquí estamos a salvo, por lo menos, de momento.

—¿Qué quieres decir?

—Las bestias que pudiste oír a la puerta, son simplemente eso: bestias. Le tienen terror a la luz y no se atreven a entrar.

—¿Y Olocok ?

—Sí, él sí, pero de momento no sabe que nos encontramos aquí. Estará esperando que sus sabuesos te lleven ante él.

—Ya lo voy entendiendo todo —dije—, hasta la extraña vestimenta de Olocok .

—Sí, es la única forma de mantener a esos monstruos atemorizados, con la luz.

—Explícame ahora cuáles son tus planes.

—Sor piensa que yo secundo sus planes y se equivoca. De todas formas, ella y Olocok piensan deshacerse de mí una vez que hayan conseguido lo que se proponen: la Tierra.

—¿Por qué?

—Sor sabe muy bien que yo jamás actuaría junto a Olocok y ella le necesita para poder crear al Ser Perfecto. Utilizando a los terrícolas y uniendo sus conocimientos científicos lograrían al Ser Perfecto, con el que dominarían las Galaxias, poblándolas de perversidad.

—¡Es terrible!

—Sí, lo es. Lo único bueno que Sor ha conseguido hasta el momento, empleando su ciencia, es mantener la juventud entre las mujeres de Phemn.

A pesar de encontrarme perplejo, me sentía con fuerzas para luchar contra Sor y Olocok . Tenía a Xin junto a mí, lo único que necesitaba para continuar viviendo.

—¿Entiendes ahora por qué te traje aquí?

—Sí.

—Necesitaba que Xin confiara en mí. Ahora conozco parte de sus planes y tengo más posibilidades de destruirlos.

—Aunque casi me ha costado la vida el conseguirlos —dije.

—Tienes razón, pero sabía que eras un hombre fuerte e

inteligente, diferente al resto y, que de alguna forma saldrías victorioso. De todas formas, no hubiera permitido que te dañaran.

—¿Por qué?

—En parte porque aún te necesito para llevar con éxito mi plan.

—¿Y por la otra parte?

Xin no dijo nada, limitándose a mirarme. Sintiendo que no podía contenerme más, la abracé, besándola apasionadamente.

Ella correspondió plenamente mis caricias.

* * *

—Algo debe haber fallado —dijo Xin.

Llevábamos ya largo rato allí, en aquella cueva, esperando que aparecieran las naves de Sor y Far-21.

—Regresaremos a Phemn —dijo Xin, decidida.

Tras pronunciar estas palabras, se puso en pie.

—¿Por qué quieres regresar?

—Sospecho que Sor ha descubierto mi engaño. Far-21 y el resto de las phemnianas que me secundan corren ahora un inminente peligro, más aún que el que corren los terrícolas.

—¿Por qué?

—Sor intentará primero deshacerse de ellas. Luego vendrá aquí a buscar a Olocok . ¡Debemos regresar! También nosotros corremos peligro. Olocok terminará por descubrirnos y no tendremos forma posible de escapar a su perversidad.

—Está bien. Regresemos.

—¡Sígueme!

Dentro de la cueva había una especie de pasadizo, el que se encontraba en sentido opuesto a la abertura de salida exterior. Nos introdujimos por él y salimos nuevamente a la oscuridad, a la densa bruma.

Por un momento temí que aquellas bestias que rodeaban la cueva nos descubrieran. Pero no parecían estar rondando por aquella parte del planetoide.

—Apresúrate —me dijo Xin, que avanzaba rápidamente delante de mí—. Si nos descubren ahora no tenemos salvación.

Corrimos juntos atravesando la densa bruma que nos envolvía, hasta llegar por fin ante la nave de Xin.

Pero, justo entonces, volví a oírles. ¡Eran ellos otra vez! Aquellas bestias monstruosas estaban muy cerca nuestro.

Xin, veloz, consiguió abrir la nave y, desde allí comenzó a disparar con una extraña arma de luz fosforescente.

—¡Sube! —me ordenó—. ¡Todavía estamos a tiempo!

Los gritos que dejaban escapar aquellas bestias ante los disparos del arma de Xin eran aterradores. Al sentirlos, sentía que mi cuerpo se paralizaba helándoseme hasta la sangre.

Aún faltaban algunos pasos para alcanzar la entrada a la nave y ellos estaban ya casi a un palmo de mí.

Xin no dejaba de disparar en todas direcciones consiguiendo detenerlos momentáneamente.

Finalmente, ni sé bien cómo, logré llegar a la nave y subir a ella. Xin me imitó cerrando la puerta tras de mí.

Nos acomodamos rápidamente ante el tablero de mandos.

Entonces sentí como si estuvieran apedreando la nave. Asombrado ante aquel extraño ataque, miré a Xin.

—Son ellos —dijo—. Se están lanzando contra la nave. Intentan cubrirla e impedir que partamos.

En aquel preciso momento y tras un terrible golpe, pude ver ante nosotros, pegado a los cristales tridimensionales de la nave, a uno de aquellos seres espeluznantes.

Estuve tentado de cubrirme los ojos con mi brazo a causa de lo repugnante que era aquella cosa, pero, justo entonces, cuando los golpes en la nave se estaban haciendo cada vez más continuos, más firmes, más seguros. Xin encendió todas las luces, consiguiendo así que la nave se convirtiera en un potente foco de luz.

Por último, perseguidos aún por los terroríficos aullidos que lanzaban aquellas bestias, conseguimos despegar.

* * *

—Lo has hecho muy bien —dijo entonces una voz de hombre a nuestras espaldas.

Era, indudablemente, Olocok . Su tono maléfico era totalmente inconfundible.

Me volví hacia él horrorizado. Pude verlo riendo satisfecho de su hazaña.

—Eres realmente lista —dijo entre carcajadas.

Xin no me había dicho nada, ni siquiera se había vuelto para mirarlo. Continuaba ante los mandos, pendiente de la programación de la computadora de la nave.

Me volví para mirarla, observando con estupor, con verdadero horror, que aquella mujer que estaba a mi lado no era Xin.

Se había quitado el turbante, dejando al descubierto una hermosa cabellera morena, negra como la misma noche que nos rodeaba.

—¡Sor! —exclamé, incrédulo.

Sor se giró hacia mí, sonriéndome.

—Sí, soy Sor —dijo en aquel tono frío que yo había conocido tan bien.

—¿Dónde está Xin? —pregunté.

—Pronto te reunirás con ella —contestó Olocok , desde su puesto, riendo de tal forma que sus palabras sonaron como una terrible amenaza.

—¿Por qué te hiciste pasar por Xin? —pregunté dirigiéndome a Sor.

—Porque era la única forma que tenía para hacer que me siguieras sin causarme problemas.

—¿Qué te propones ahora? —pregunté furioso.

—Que me ayudes, si es que quieres ver otra vez a tu adorada Xin con vida.

¡Lo que aquella mujer me proponía era diabólico!

Pero... ¡la vida de Xin dependía de ello!

* * *

Me habían encerrado en uno de los cubículos de la nave, manteniéndome en una completa oscuridad.

Sor había programado la nave hacia una de las estaciones

espaciales que rodeaban según me había dicho, demoraríamos en llegar y mientras tanto yo debía permanecer encerrado.

«En primer lugar —pensé—, he de saber dónde tienen a Xin y una vez consiga dar con ella, podremos destruir a Sor y a Olocok . Pero, ¿dónde la tendrían?

De pronto, el cubículo quedó totalmente iluminado. De inmediato, distinguí a Olocok junto a mí.

Pensé que sería mejor mantenerme callado y así me quedé, sin decir nada, atento a lo que hacía Olocok .

Este, sin dejar de sonreír ni por un minuto, se acomodó junto a mí.

—Xin ha sido una tonta —dijo—. Debía haber aprendido ya que sentir amor es dañino.

Sentí rabia al oírle, me hubiera gustado pegarle hasta matarle, pero aquél no era el momento.

«Ya llegará —pensé—. Sólo necesito tiempo para recuperar a Xin y luego destruirle.»

—Pero —continuó—, si tú nos ayudas a apoderarnos de las Máquinas Cerebro de tu planeta, facilitándonos así la invasión a la Tierra, nosotros te perdonaríamos la vida.

—La mía y la de Xin —protesté.

Olocok rió al oír mis palabras.

—Sí —contestó riendo aún—, tu vida y la de Xin a cambio de la Tierra.

De pronto, sentí que mi cerebro se iluminaba. ¡Había encontrado la forma de llegar hasta Xin!

—¿Cómo puedo fiarme de vosotros? ¿Cómo sabré que no me estáis engañando y que Xin no está muerta?

—Te demostraré que aún vive.

—Cuando lo hagas, una vez que pueda verla y hablarle, haré lo que me pidáis.

Olocok se acercó a la puerta de salida del cubículo.

—En breve —dijo antes de salir— descenderemos en la estación espacial.

—¿Está Xin allí?

—No seas impaciente como un vulgar terrícola —me respondió irónico, aunque había odio en sus palabras—. Pronto te enterarás. Limítate a estar preparado para el descenso.

Tras decir esto, desapareció de mi vista dejándome nuevamente solo y sumido en una total oscuridad.

No podía pensar en otra cosa que no fuera volver a ver a Xin. Luego, juntos, resolveríamos cómo salir de la situación en que estábamos.-

* * *

Hasta aquel momento jamás había estado antes en una verdadera estación espacial. Sólo había tenido ocasión de saber lo que eran gracias a los libros de Ciencia/Verdad Ficción prohibidos que había podido leer.

Aquella estación espacial en la que me encontraba no era exactamente como me imaginaba, sino más impresionante de lo que había creído. Era una gran plataforma metálica de forma oval y totalmente cubierta por plastilito transparente, dejando ver así, desde cualquier punto que se estuviese, la inmensidad de la galaxia.

—Pronto —dijo Sor— todo lo que ves ante ti será mío. El Universo Galáctico será poblado por los seres que crearé.

Caminábamos los tres juntos, pasando por las diferentes secciones de la estación espacial, que parecía ser el interior de un gran cerebro electrónico.

—Es impresionante, ¿verdad? —dijo Olocok captando mi asombro.

—Sí, lo es —dijo Sor sin permitirme hablar—. Desde aquí mismo dirigiremos el ataque a la Tierra.

—No sólo a la Tierra —corrigió Olocok —, sino también al resto de los planetas habitados.

—¿Cómo? —pregunté.

Estaba completamente asombrado ante las palabras de Olocok , lo que él decía no podía ser cierto.

«Aunque —pensé—, ¿por qué no? Tampoco antes hubiera dicho, ni siquiera imaginado, que existía un planeta llamado Phemn y sin embargo...»

—Sí —dijo Olocok —. Tal como lo oyes. Gran parte de los planetas de la Galaxia están habitados.

—También nos apoderaremos de ellos —dijo Sor—. Seremos los reyes absolutos del Universo Galáctico.

Al oírles, sentí que perdía mis fuerzas, pero algo me hizo reaccionar. Habíamos llegado ante una escalerilla que descendía.

—¡Baja! —me ordenó Sor.

Permanecí inmóvil. Mi cuerpo se negaba a responder.

¿Adónde iría a parar aquella siniestra escalera? Por un momento, se me ocurrió pensar que me lanzarían al espacio por ella.

Pero no podía hacer otra cosa y comencé a bajar.

CAPITULO VI

Por fin pude tener a Xin, a la verdadera Xin, entre mis brazos.

Después de bajar por aquellas escalerillas a lo que yo creía era la muerte segura, ya que ante mis pies veía nítidamente la oscuridad de la galaxia salpicada por una enormidad de centelleantes lucecitas, lo que conseguí fue tenerla a ella junto a mí.

Cuando llegué al final de la escalera sólo me quedaba saltar hacia aquellos puntitos que brillaban en la oscuridad y perderme en el espacio.

Pero, ante mi asombro, mientras permanecía estático en el último escalón de la escalera, vi cómo aquel centelleo se iba apagando y aparecía ante mí una luz y a Xin envuelta en ella.

Salté a su encuentro y al hacerlo me di cuenta de que caía sobre una plataforma de plastilito transparente.

Aquel lugar donde nos encontrábamos resultó ser una enorme cúpula de plastilito, igual a la que había en la parte de arriba de la estación, pero a la inversa, como suelo en lugar de como techo.

No sé cuánto tiempo permanecimos así, abrazados, con la galaxia entera a nuestros pies.

Finalmente, Xin dijo:

—Estamos perdidos, Roger. Nos enviarán a la muerte segura. No podremos intentar nada desde aquí..., y no podremos escapar.

En ese momento, al oírla, sentí que toda la fuerza, que todo el valor volvía a mí.

—¡Claro que escaparemos! —aseguré—. Ahora estoy seguro que terminaremos por vencerles.

* * *

Mientras estuvimos juntos y solos ideamos la manera de salir de allí y de destruir a Sor y a Olocok .

Juntos, Xin y yo, éramos tan fuertes como ellos, lo único que necesitábamos era apoderarnos de sus armas y destruir lo que tenían planeado hacer.

Por Xin supe que los planes de su hermana eran utilizar a Olocok , como ya lo había hecho una vez, antes de enviarlo al cautiverio en que lo había mantenido junto con el resto de los hombres.

Con su ayuda. Sor conseguiría crear a los Seres Perfectos, y con ellos dominar la Galaxia. Una vez creados volvería a enviar a Olocok al planetoide de las tinieblas.

—¿Por qué necesita Sor la ayuda de Olocok para crear a esos Seres Perfectos endemoniablemente perfectos?

—Fue él —me explicó Xin— quien descubrió que la Tierra, al igual que otros planetas, está habitada y que es precisamente con el hombre terrícola y con la ayuda de la ingeniería genética con lo que se puede crear al Ser Perfecto que Sor busca tan afanosamente desde mucho tiempo atrás.

—¿Quieres decir...?

—Sí. —Me interrumpió Xin—. La unión biológica de un terrícola con un phemniano crea criaturas ideales, pero, añadiendo la ingeniería genética, crea al Ser Perfecto.

—Pero, ¿cómo pueden saberlo?

—Lo han experimentado.

—¿Cómo? —no podía salir de mi asombro.

—Olocok se lo ha demostrado a Sor y a mí misma. El consiguió apoderarse de una mujer terrícola y de esta forma hizo el experimento. El cual dio como resultado un Ser Perfecto.

—¿Qué se supone que gana Olocok ayudando a Sor?

—El pacto que han hecho es que, una vez Sor, con la ayuda de Olocok y sus hombres, consiga a los hombres terrícolas, junto con la fórmula exacta para crear al Ser Perfecto, Olocok y sus hombres podrán habitar la Tierra y dominar a las mujeres que haya allí.

Me mantuve pensativo durante unos momentos.

—Pero, de esta forma...

—Si —continuó Xin sin dejarme terminar—, de esta forma Sor y Olocok estarán al mando de un ejército de Seres Perfectos, que se disputarán la Galaxia entera.

—¡Es terrible! —exclamé horrorizado ante semejante panorama —. ¿Será el fin del mundo!

—Sí, el fin —repitió Xin—, si no encontramos antes la manera de interrumpir sus planes.

—Hay una forma de destruirles.

—¿Cuál? —preguntó Xin, ansiosa.

—Utilizar la desconfianza que existe entre ellos.

* * *

Me habían conducido al cubículo principal de la estación espacial. Allí me encontraba con Sor y Olocok , los tres cómodamente instalados en los asientos de hipersuspensión.

—Sabemos —dijo Olocok — que la Tierra es gobernada por las Máquinas Cerebro, ¿no?

—Es cierto —contesté.

—Y que éstas tienen los máximos poderes terrenales.

—También es verdad.

—Según pude comprobar, las Máquinas Cerebro niegan que haya vida en otros planetas de la Galaxia.

No sabía bien qué se proponía Olocok con toda aquella introducción, pero pensé que lo mejor que podía hacer era dejarle continuar para ver adonde se proponía llegar.

—Sí —dije—, pero se equivocan.

Olocok sonrió y dijo:

—No, no se equivocan.

—¿Cómo?

Olocok había logrado asombrarme, no esperaba semejante respuesta y menos aún que ésta proviniera de él.

—Las máquinas —continuó Olocok — saben que en otros planetas existe vida.

—¿Por qué lo niegan entonces? —pregunté incrédulo.

—Porque era conveniente para la Tierra que los terrícolas creyeran en la no existencia de vida en el resto de la Galaxia.

—No puedo entenderlo —dije.

—Es muy sencillo. Llegó una época en la Tierra que los hombres no se dedicaban más que a construir naves espaciales para explorar la Galaxia. Llegó a ser tal la obsesión del hombre por encontrar vida o una forma de vida en otros planetas, que estaban dejando que la Tierra, el planeta que ya habitaban, comenzara a desmoronarse.

—No sólo eso —dijo Sor—. Los hombres que no se dedicaban a la construcción de naves o a la exploración de la Galaxia, escribían historias cada vez más fantásticas sobre ella, algo que en parte era verdad y en parte ficción.

—Pero —interrumpí—, ¿por qué no quieren las Máquinas Cerebro que encontremos una forma nueva de vida en otros planetas?

—Porque —me respondió Olocok — ellas conocen la superioridad de los extraterrestres.

—Supusieron —dijo Sor— que si los terrícolas se mantenían tranquilos en la Tierra, dejando por fin de explorar la Galaxia, conseguirían que los habitantes de otros planetas no intentaran apoderarse de ella.

Había necesitado un poco de tiempo para poner mis ideas en claro, para poder computar toda la información que me estaba dando, que yo desconocía plenamente y me costaba todavía entender.

—Pero —pude decir al fin—, se equivocaron.

—Sólo en parte —contestó Olocok .

—Jamás hubieran podido pensar que los terrícolas, los seres más insignificantes —continuó Sor—, los sub-desarrollados de toda la Galaxia, tuvieran en sus genes lo imprescindible para la creación del Ser Perfecto.

Sentí que no podía decir nada. Eran demasiadas cosas para que mi mente pudiera asimilarlas rápidamente. Me mantuve en silencio dejando que fueran ellos los que hablaran, los que, por fin, me explicaran todo.

—Esas Máquinas Cerebro, las que hasta hoy fueron la salvación de los terrícolas, por quienes más temor sintieron siempre y sienten todavía es por los habitantes de Marte, y con ellos llegaron a un

pacto: mientras los terrícolas se mantuvieran sin explorar la Galaxia, ellos los dejarían en paz.

—Pero —dijo Sor— los marcianos no saben lo que sabemos nosotros acerca de los genes terrícolas...

—Además —interrumpió Olocok —, nosotros no hemos hecho jamás ningún pacto con las Máquinas Cerebro de la Tierra.

—¿Qué pasará con los marcianos una vez que vosotros ocupéis la Tierra? —pregunté.

Olocok y Sor rieron ante mi pregunta.

—Entonces —dijo Sor—, ya tendremos al Ser Perfecto y seguramente en ese momento Marte será también nuestra.

Ambos lanzaron diabólicas carcajadas de satisfacción consiguiendo que mi cuerpo se estremeciera al oírlas.

—Ahora —dijo Olocok —, sabrás exactamente lo que necesitamos de ti.

—Tendrás, además —dijo Sor—, el honor de conocer nuestros planes.

* * *

Ya no sabía si llevaba horas o días hablando con Sor y con Olocok , o mejor dicho, dejando que ellos hablaran.

Tras haberme explicado todo acerca de las Máquinas Cerebro y el resto de los habitantes de la Galaxia, Sor había computado un pequeño aparato que tenía a su alcance y, como por arte de magia, aquella habitación en la que nos encontramos había dado un giro total, convirtiéndose en el centro de control, en el cerebro de aquella ambiciosa misión que tenían entre manos.

Ante mí, rodeándome, me encontré con diferentes tipos de computadora-robots y pantallas, aparte de los disparadores lanzarrayos y un gran visor panorámico.

Realmente, me sentía maravillado. Jamás había visto tanta perfección en la vida.

—Todavía no sé —dije al ver aquello— para qué me necesitáis a mí. Creo que con lo que hay aquí tenéis material suficiente como para poder haceros dueños absolutos de la Tierra.

—Te equivocas —dijo Olocok .

—No lo creo. Los terrícolas no están preparados para ningún ataque, sencillamente porque no imaginan que pueda existir uno algún día.

—Vuelves a equivocarte —dijo nuevamente Olocok .

—¿Cómo lo sabes?

—He hecho varios viajes a la Tierra. He experimentado con terrícolas y además he inspeccionado la zona.

—¿Y qué has descubierto?

—Que estáis rodeados de poderosos satélites dirigidos por un ejército de robots, los cuales, al más mínimo ataque, se defenderían creando así una guerra espacial.

—¿Quién dirige esos robots?

—Los marcianos.

—¿Cómo?

—Sí, la materia gris de vuestras Máquinas Cerebro, son una creación totalmente marciana. Ellos les protegen del posible ataque de otros extraterrestres, a cambio de que vosotros respetéis el Universo Galáctico.

No conseguía salir de mi asombro y me mantuve pensativo. Las cosas se complicaban.

—Te necesitamos —dijo Sor— porque solamente un terrícola como tú, con tu cerebro, puede llegar hasta la materia gris de las Máquinas Cerebro y destruirlas.

—Destruyendo con ellas los robots-marcianos que protegen a la Tierra.

—¿Qué pasaría si me negara?

—Ya lo sabes —dijo Olocok —. Tu muerte y la de Xin inmediata.

—Lo único que se demoraría algo más sería nuestra invasión a la Tierra.

Necesitaba un poco de tiempo para poder actuar.

—Está bien —dije por fin—. Sólo os pido unas horas. Mi mente necesita reposo.

—Te lo concedemos —dijo Sor—. Más tarde, yo misma vendré a explicarte cuáles son nuestros planes.

* * *

Cuando por fin me dejaron solo, pude pensar con cierta tranquilidad en lo que debía hacer. Finalmente me decidí.

Era la única manera posible de conseguir huir salvando no solamente nuestra vida, la de Xin y la mía, sino también la de los apacibles terrícolas.

Cuando Sor estuvo de vuelta en el cubículo, me encontró descansando tranquilamente en uno de los colchones neumáticos que se encontraban allí. Había vuelto sola y me alegré.

Aún reclinado en aquel cómodo colchón, dejé que se acercara.

—¿No piensas ponerte en pie? —me preguntó fríamente.

—No —le contesté—. ¿Acaso no podemos hablar en esta postura? Es bastante más cómoda que la vertical.

—No para explicarte nuestro plan.

—Pienso mejor en horizontal —dije sin moverme.

Sor se mantenía de pie mirándome de forma interrogativa, aunque con odio en ella.

—¿Qué te propones? —me preguntó.

—Que antes de enviarme a una misión tan peligrosa como es la de llegar hasta la materia gris de las Máquinas Cerebro y destruirlas, me concedas un favor.

Sor dudaba.

—¿Cuál? —preguntó por fin.

—Siéntate a mi lado.

—¿Para qué?

Por su tono u su mirada pude darme cuenta en seguida de que algo en ella había cambiado. Estaba sorprendida y recelaba.

—Para nada malo, te lo aseguro —dije yo y, con picardía, añadí —: Ya una vez estuvimos juntos de la misma manera y no me pareció que te disgustara en absoluto.

—Formaba parte de mi plan —me respondió fríamente.

«Esta vez —pensé—, forma parte de mi plan.»

Pero, lógicamente, mis palabras fueron otras muy diferentes a lo que en realidad pensaba.

—Sé que te gustó, aunque ahora quieras negarlo. Hay cosas que valen mucho más que las palabras.

—¡Basta! —exclamó, furiosa.

—No entiendo por qué te empeñas en negarlo. A mí también me gustó y no tengo ningún reparo en decírtelo.

Sor se mantuvo en silencio, pero noté que la expresión dura de su rostro estaba desapareciendo.

—Quiero proponerte algo —indiqué.

—Te escucho. Pero hazlo de prisa. No tenemos demasiado tiempo. ¿Qué es lo que quieres?

—Aparte de amarte —dije—, me gustaría saber por qué te has vuelto a unir a Olocok .

—No me he unido a él —respondió rabiosa—. ¡Le odio! Pero por ahora lo necesito para poder llevar a cabo mi plan con éxito. El, desgraciadamente, ha conseguido descubrir algo y es vital para mí conocerlo también.

—Olocok te puede ayudar mucho, pero te diré, sin temor a equivocarme, que yo puedo ayudarte aún más que él.

—¿Qué quieres decir?

—Que te unas a mí en lugar de hacerlo a Olocok .

—¿Cómo?

—Sí, conozco tanta ciencia como él. Mi especialidad es la ingeniería genética, juntos podremos crear al Ser Perfecto y no te traicionaría el día de mañana, como es seguro que pretenderá hacer Olocok .

Sor se mantuvo en silencio, pero en seguida me di cuenta de que solamente necesitaba un pequeño empujón para acceder a lo que yo le había propuesto.

—Ven —dije—. Te aseguro que en posición horizontal se piensa mejor.

Sor se aproximó más a mí.

—Te demostraré que no miento —añadí.

Finalmente, Sor se reclinó a mi lado.

* * *

No permanecimos demasiado tiempo en postura horizontal. Sólo el tiempo necesario.

—Estoy casi convencida —dijo Sor al fin.

—¿Qué más te hace falta para terminar de convencerte?

—Que tú mismo me ayudes a eliminar a mi hermana Xin.

No pude evitar que un escalofrío recorriera mi cuerpo al oír sus palabras, aunque, de todas formas, las esperaba.

—Está bien —dije en tono más frío y superficial—. Si quieres, podemos ir juntos a despedirnos de ella.

Sor sonrió diabólicamente al oír mis palabras. Evidentemente, se sentía satisfecha.

CAPITULO VII

Nunca me gustó engañar o maltratar a nadie, menos todavía a una mujer, pero en aquel caso que me encontraba no tenía otro remedio, no había ninguna otra forma de escapatoria.

Nos encontrábamos los tres, Xin, Sor y yo mismo, en el lugar que servía de prisión a la princesa.

Xin parecía incrédula ante las palabras que había pronunciado su hermana.

—Lo siento, Xin —dijo finalmente Sor con ironía—. Pero siempre te dije que el amor era algo inservible y que lo único importante en la vida era el poder.

Xin no decía nada. Se limitaba a escuchar y a pasar su mirada incrédula de Sor a mí y viceversa.

—Lo siento, Xin —murmuré.

Ella no respondió.

—No será una muerte dolorosa —dijo Sor—. Cuando estemos arriba, abriré las compuertas de plastilito que te sostienen y, simplemente, te perderás para siempre en el espacio.

Un sudor frío recorría todo mi cuerpo.

Cogí a Sor por un brazo para que subiéramos. Ya no podía resistirlo mucho más.

—Vamos —le dije—. Todavía nos queda Olocok y no tenemos demasiado tiempo.

—Tienes razón —me contestó—. No debemos entretenernos en tonterías.

Mientras subía las escaleras junto a mí, exclamó:

—Hasta nunca, hermanita.

Llegamos por fin a lo alto de la empinada escalera y Sor se dirigió directamente al computador que abría las compuertas donde Xin tenía puestos sus pies.

Necesitaba mirar hacia donde ella estaba y lo hice.

Pude verla allí, de pie debajo de nosotros, al final de la escalera, en silencio, mirándonos a su vez, sin hacer un gesto, sin decir una palabra, de la misma forma que se había mantenido durante todo el tiempo en que estuvimos con ella.

Tras programar el computador que abría las compuertas, Sor accionó el botón rojo que lo ponía en funcionamiento.

Un sudor frío recorrió todo mi cuerpo al sentir el ruido que hacían éstas al abrirse y al ver a mis pies que la figura de Xin se perdía en el espacio.

Sor reía a carcajadas.

Por fin me decidí.

Con fuerza, con toda mi fuerza y mi sangre fría, la empujé escaleras abajo, viendo cómo, finalmente, su cuerpo desaparecía en la inmensidad del espacio.

Su diabólica carcajada final sonaba aún en mis oído.

* * *

La primera parte del plan había salido a la perfección. Pero aún faltaba lo peor: eliminar a Olocok .

Xin se encontraba a mi lado, y si nada había fallado, Far-21, que había tomado su puesto y, preparada, se había lanzado al espacio, debía encontrarse esperándonos en la nave, preparada para despegar.

Las ropas que llevaba Xin y el turbante que utilizaba para cubrir sus cabellos (el mismo que Sor utilizó para engañarme) le harían pasar perfectamente por Sor ante Olocok si llegábamos a toparnos con él antes de poder partir.

No podíamos arriesgarnos a atacarle desde la misma estación

espacial. Era su propio terreno y lo más probable sería que terminara por vencernos.

Debíamos actuar desde fuera.

La suerte nos acompañaba y pudimos llegar a la nave de Xin sin toparnos con ningún obstáculo.

Al entrar en ella nos encontramos con Far-21 que, sentada ante los mandos, tenía la nave lista para despegar.

En cuestión de pocos minutos nos encontrábamos fuera de la estación espacial y preparados para el ataque.

* * *

Cuando creíamos que todo estaba a punto para efectuar un ataque sorpresa a la estación espacial central, en la que se hallaba Olocok , nos encontramos con que unas diminutas naves habían surgido del hiperespacio y se acercaban a nosotros a toda velocidad formando un círculo envolvente.

Far-21 fue la primera en verlas.

—Nos están rodeando —informó—. En pocos minutos nos habrán alcanzado.

Tras mirar por el visor tridimensional pude ver aquellos puntos luminosos en el espacio que se acercaban zigzagueantes hacia nosotros, formando un perfecto semicírculo alrededor de la nave.

De pronto, la voz de Olocok resonó en toda la nave:

—¿Qué os habéis pensado? ¿Qué escaparíais de mí?

Tras pronunciar estas palabras, comenzó a reír, dejando oír sus siniestras carcajadas durante unos segundos.

—Antes de deshacerme de vosotros —continuó—, quiero agradeceros el favor que me habéis hecho al librarme de Sor.

Nos mantuvimos callados sin responderle, oyéndole reír diabólicamente.

—Tenemos que burlarle de alguna forma —dije.

—Lo intentaremos —me contestó Far-21.

Volví a mirar a través del visor tridimensional y observé la formación enemiga que continuaba avanzando hacia nosotros.

—¿Cuántas naves son? —me preguntó Xin.

Las conté.

—Cincuenta —respondí—, y están muy bien armadas con disparadores lanzarrayos.

Sabía que iba a resultar muy difícil escapar, pero lo intentaríamos.

Me senté ante los mandos entre Xin y Far-21, quienes ya estaban dispuestas para el ataque.

—Acciona los cohetes de reserva —me dijo Far-21.

Hice lo que me decía y, tras dejar oír un sordo bramido, la nave ganó fuerza y velocidad lanzándose contra un flanco de la formación enemiga.

De inmediato pude ver la luz de los rayos láser que pasaban veloces a ambos lados de la nave, pero sin tocarla.

También nosotros comenzamos a disparar.

Una fracción de segundo después, pudimos ver como una especie de relámpagos inaudibles brillaban en el espacio cuando las naves en las que habíamos hecho blanco explotaron a causa del impacto.

Xin maniobraba los mandos de la nave con seguridad y con mucha habilidad, avanzando en zigzag para evitar los rayos que enviaba la potente flota de Olocok .

Pero no lograban alcanzarnos.

—Debemos destruir la nave en la que va Olocok —indiqué—. Es la única forma de frenar el ataque.

Debíamos actuar con rapidez. Cincuenta naves contra una era una gran diferencia como para poder mantener un combate con éxito durante mucho tiempo.

—Tienes razón —convino Xin. .

—La nave en la que va él es la mayor, la que se encuentra en el centro.

En el momento más inesperado, Xin se lanzó hacia la nave de Olocok .

—¡Fuego! —gritó, al mismo tiempo que ella misma pulsaba uno de los disparadores.

Unos segundos después, el cielo pareció incendiarse.

Habíamos dado en el blanco y la nave se desintegró en el aire.

De inmediato, el resto de las naves dejó de atacar nos desapareciendo también de nuestra vista.

—¡Hemos vencido! —exclamó Xin.

—Por fin Phemn volverá a ser un planeta tranquilo y normal.

—Sí —dijo Xin—. Será un planeta poblado por hombres y mujeres, como ha de ser.

—Y por robots-masculinos —añadió Far-21.

—Sí, también por robots-masculinos —rió Xin.

Luego, poniéndose en pie, se acercó a mí y me besó apasionadamente en los labios, sintiendo, como la primera vez que nos habíamos besado, que perdería, irremediablemente, el sentido.

* * *

Cuando recobré el conocimiento no podía creer lo que veían mis ojos.

Tuve que recorrer con la mirada varias veces el lugar donde me encontraba para poder creerlo.

Sí, aquél, evidentemente, era mi estudio.

Me encontraba en mi propia casa, sentado cómodamente ante el fuego que aún chisporreaba y con el periódico abierto sobre mis rodillas.

La cena, intacta, permanecía en el mismo lugar en que la había dejado.

—¿Qué ha pasado? —me pregunté atónito.

Con manos temblorosas por el impacto, por el terrible presentimiento que me embargaba, busqué la sección de «Contactos» en el periódico.

¡Nada!

El anuncio que había puesto Xin en él no estaba allí.

Pero, ¿había estado alguna vez?

¡Sí, claro que sí!

Xin existía.

Me negaba a creer que todo aquello no había sido más que un sueño. Me negaba a creer que lo que en un principio había supuesto una pesadilla se hubiera reducido a un sueño, convirtiendo de esa forma mi vida actual en la verdadera pesadilla.

Permanecí mirando las llamas del fuego durante mucho rato.

No sé cuánto tiempo estuve así, recordando. «Un sueño... —pensé—. No puede ser.» Necesitaba volver a Phemn como fuera.

Necesitaba tener a Xin nuevamente entre mis brazos.

«Tengo que despertar de esta pesadilla», pensé.

* * *

Había vuelto a quedarme dormido, pero esta vez no había soñado con Xin ni con el planeta Phemn.

Volví a despertarme, sintiéndome rabioso, desilusionado.

Necesitaba fumar. Introduje mi mano en el bolsillo de la chaqueta buscando tabaco o alguna pastilla de Tabactina, la que hacía el mismo efecto que el tabaco, aunque su sabor era algo más fuerte.

Sentí, entonces, que un fuerte escalofrío recorría todo mi cuerpo.

No encontré ni cigarrillos ni pastillas de Tabactina en el bolsillo de mi chaqueta, pero sí unas extrañas piedrecitas de color rojo.

Las tuve en mi mano durante unos minutos, mirándolas absorto.

—¡Xin! —exclamé.

Sí, indudablemente aquéllas eran las piedras que ella me había dado para que analizara, para que creyera en ella y en un planeta llamado Phemn.

Me puse en pie rápidamente y me dirigí a mi laboratorio secreto. Allí volví a analizarlas.

Conseguí los mismos resultados que la vez anterior. ¡Aquellas piedras no eran terrestres! Ahora tenía la respuesta.

Las piedras que tanto me habían extrañado una vez, de las que desconocía su procedencia, me demostraban en este momento que Phemn sí existía y que Xin tenía que estar en algún punto del espacio.

¡Debía reunirme con ella!

Pero, ¿cómo?

Volví a mi estudio y me senté nuevamente ante el fuego.

El periódico se hallaba a mis pies, abierto en la sección de «Contactos».

Lo recogí y comencé a leerlo como la primera vez.

De pronto, algo llamó poderosamente mi atención.

Alguien había insertado en él un anuncio destacado, en letras mayúsculas y dentro de un recuadro. Decía:

«Desesperada y solitaria mujer del planeta Phemn necesita a un hombre terrícola. Espérame.

»Xin Reina de Phemn.»

Tras leer el anuncio me recliné en mi asiento. Sabía que Xin volvería a buscarme. La esperaba impaciente.

De pronto, la tenue luz que había en la habitación manteniéndola así en tinieblas, comenzó a hacerse cada vez más fuerte, llegando a alcanzar una potencia tal que tuve que taparme los ojos protegiéndolos con uno de mis brazos.

No necesitaba mirar para saber que Xin ya había vuelto para buscarme.

También sabía que el sueño que ahora comenzaba no terminaría jamás.

Nadie podría ya despertarme de él.

EPILOGO

Phemn ha vuelto a ser un planeta tranquilo y sus habitantes, hombres y mujeres nuevamente juntos, vuelven, por fin, a llevar una vida normal y feliz.

La vida aquí en Phemn es muy diferente a la de la Tierra, lo que me alegra muchísimo.

Vivo feliz en Phemn y me llevo muy bien con todos los phemnianos. Debo reconocer que mejor que con los terrícolas.

No me preocupa en absoluto, haber dejado la Tierra para no volver jamás. Nunca me sentí bien allí viviendo con unos terrícolas sin ningún tipo de imaginación y gobernados por unas máquinas.

Soy totalmente sincero cuando digo que la peor pesadilla que tuve en mi vida fue mi paso por la Tierra.

Sólo algunas veces llego a lamentarlo, pensando en los pobres terrícolas que han quedado allí sin ninguna posibilidad de salir.

Pero no hay remedio para ello, ni creo que ellos lo quieran ya, porque ni siquiera pueden imaginarlo.

Xin y yo vivimos perfectamente bien juntos. Somos felices y nuestros hijos son maravillosos. Aunque, seguramente, ni Sor ni Olocok los llamarían Seres Perfectos, aunque me alegro de que no lo sean.

Lo que sí hemos descubierto es que la mezcla entre un phemniano y un terrícola es perfecta, especial.

¡Lástima que ninguno de ustedes pueda llegar a probarla jamás!

F I N